Julio Irazusta

LA POLITICA, CENICIENTA DEL ESPIRITU



BIBLIOTECA DICTIO

Capítulo I: *Necesaria explicación del título*

Basta detenerse un minuto a recordar las reacciones habituales de la gente de pro ante la política para conocer el primer indicio de la poca estima en que se la tiene: "¡Puah!, ¡qué asco!"; "oficio de logreros"; "nuestros quehaceres son demasiado importantes para dedicarle una mínima parte de nuestro precioso tiempo". Lo que no quita para que esos burgraves, desdeñosos de los políticos, a quienes abruman con el calificativo de profesionales, se prosternen ante cada uno de ellos, así sea el peor, siempre que esa actividad que desprecian eleve a los "políticos" al gobierno del Estado. Su actitud es parecida a la que adoptan frente a los poetas, con la diferencia de que a éstos los tratan como a niños inofensivos, mientras a aquéllos parecen considerarlos como a la adolescencia descarriada, prometida al reformatorio; contraste debido a la diferente peligrosidad de las armas que manejan unos y otros, y a que si los primeros pueden hacerlos víctimas de sátiras intrascendentes, los segundos pueden afectarlos en sus intereses más concretos.

Pero ¡qué puede extrañar esa reacción de los prudentes —quienes, si bien poseen la inteligencia necesaria para triunfar en la vida y prevalecer en la sociedad, carecen de la capacidad de abstracción indispensable para penetrar las apariencias y llegar a la sustancia de las cosas— cuando los filósofos mismos suelen no disimular que la política les produce una repugnancia similar, aunque no lo digan! Desde los griegos a los idealistas alemanes, forzados por imposición de oficio a enfocar en sus sistemas todos los aspectos de la realidad, hasta los más elevados, debieron examinar más o menos de frente la materia: Platón escribió sus La República y Las leyes,

Aristóteles su POLÍTICA y sus MORALES, Santo Tomás sus tratados de LA PRUDENCIA, LA JUSTICIA y LAS LEYES, Espinosa su TRATADO TEOLÓGICO-POLÍTICO, Hume sus ENSAYOS ECONÓMICOS, Kant su CRÍTICA DE LA RAZÓN PRÁCTICA y su utopía sobre LA PAZ PERPETUA, Hegel su FILOSOFÍA DEL DERECHO y sus infinitas observaciones sobre la historia universal dispersas en su ingente producción, Fichte sus DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA. En nuestro tiempo, para no citar sino a dos de los más conocidos, Croce escribió su FILOSOFÍA DE LA PRÁCTICA y Santayana sus DOMINACIONES Y PODERES. En la mayoría de esos autores se advierte un ligero matiz de menosprecio por esa actividad primaria del espíritu, y, sobre todo, por quienes la ejercen. Esa actitud de los hombres de pensamiento hacia los de acción es más visible aún en los pensadores que no acometieron la tarea metafísica de modo sistemático, y, especialmente, en los que alcanzaron mayor fama con sus escritos sobre la materia. De Maquiavelo en un extremo —el del realismo insobornable—, a Rousseau en el otro —del racionalismo a ultranza—, el afán de la paradoja brillante parece haber prevalecido sobre el de investigar la verdad.

La relativa justificación de ese fenómeno está en que la política, es, de todas las actividades espirituales, la más mezclada con la ganga humana. Maneja intereses, los más grandes y los más pequeños, los más elevados y los más mezquinos. Y únicamente los héroes —que son los menos entre los hombres de acción— salen incólumes de una lucha a brazo partido con esa complejísima realidad demasiado humana. Por otro lado, como los desfallecimientos o las confusiones del político dirigente o del estadista se traducen en miserias o desastres colectivos, mientras los del artista, del metafísico, del filántropo o del santo no dañan al resto de la humanidad sino de modo indirecto y a largo plazo, las pasiones —que hasta el momento de depurarse en la acción feliz o en la obra lograda, pesan en la actividad espiritual, cualquiera sea el terreno en que ella se desarrolle— no parecen verdaderamente espantosas sino allí donde estorbaron el éxito del espíritu que trabaja una materia que no es otra que la suerte de sus semejantes.

Había que ser un santo, a la vez que filósofo y

teólogo, como el de Aquino, para dar a sus tratados De la prudencia, De la justicia y De las leyes un tono de objetividad absolutamente científica, desprovisto de toda mueca de repugnancia hacia el delicado tema. Después de él, sólo Vico, cuya entera filosofía se encamina a estudiar la sociedad, o autores íntimamente mezclados a los negocios públicos —por oficio o necesidad, como Burke, De Maistre o Rivarol— encararon la política sin malquerencia ni despego injustificados, o más bien con encendida pasión de servicio público.

La política es capaz de llenar su misión en la economía del espíritu, ni más ni menos cumplidamente que el arte de crear lo bello, o la filosofía de hallar la verdad, o la moral de hacer el bien. Las mejores empresas prácticas no dejan de acompañarse de errores groseros; como la moral —aun la de los justos y los santos—, de pecados; como las obras maestras artísticas, de fealdades; como el mejor sistema metafísico, de sofismas.

Pero del hecho de que sea la cenicienta de las actividades espirituales, se sigue que en los pueblos civilizados sea más frecuente hallar inspirados artistas, abnegados filántropos, juiciosos pensadores, que verdaderamente políticos.

Capítulo II: *Generalidades*

1. La problemática política

Nada nuevo bajo el sol, es bien sabido. Tampoco se ignora que los desórdenes y las dificultades sufridas por los pueblos a través de los siglos son como la trama y el tejido permanente de la historia. En ese bastidor la Providencia dibuja a veces figuras de gran relieve —los héroes y los santos— en que descansa el pensamiento de la posteridad y en quienes ésta ve la posibilidad de las obras positivas en la tarea práctica de los hombres.

Pero no es menos cierto que nuestro tiempo se ha caracterizado por dificultades y desórdenes más frecuentes o continuados, y de alcance más universal que las épocas anteriores. No es exagerado decir que en paralelo con el siglo XIX, el del progreso, de las luces, de las instituciones representativas, del Estado de derecho, el siglo XX podría considerarse como el de los valores opuestos, o sea del oscurantismo, la arbitrariedad, los gobiernos defacto, si no fuera que en el aspecto de los adelantos materiales se asiste a uno de los espectáculos más esplendorosos de éxito y victoria para el hombre. Mas pese a las persuasiones que de estos hechos emanan para darle una idea multiplicada de su dominio sobre la naturaleza, la amenaza de la guerra atómica, subyacente en el fondo del cuadro, no puede menos que disminuir su optimismo acerca de la propia capacidad. Hace cien años, a mediados de la pasada centuria, las dificultades que se experimentaban, e incluso los desastres que se sufrían, hacían poca mella en la noción generalizada de que la humanidad se encaminaba hacia un nuevo milenio. Hoy ocurre algo muy diverso: ni los mayores éxitos apartan de nosotros la idea de que la convivencia civilizada es difícil, y de que el gobierno

del mundo, o de los Estados particulares, no es susceptible de quedar reducido a normas claras y distintas como las que buscaba el utopismo, al cabo de siglo y medio de filosofía cartesiana.

A la vuelta de un dilatado período en que el racionalismo, extendido al acontecer concreto, parecía destinado a alcanzar un dominio del futuro inmediato como el que las ciencias físico-matemáticas obtuvieron sobre los fenómenos naturales dóciles a su jurisdicción, la problematicidad de los hechos políticos y sociales vuélvese cada vez más evidente. Después de varios siglos de ambiciosa filosofía, que aspiraba a disipar los misterios que envuelven el origen y el destino de la humanidad, los pensadores más juiciosos han reducido las pretensiones de su investigación de la verdad a un conocimiento *asaz cierto* de lo temporal, y en su mayoría abandonaron el ardor de la polémica que el gremio llevaba contra las explicaciones sobrenaturales acerca del más allá.

En consecuencia, se ha empezado a ver que la política es una actividad espiritual en que nuestras facultades, si bien pueden alcanzar niveles máximos —cuando las ejercita el genio— no nos prometen un éxito completo ni permanente, como tampoco en las otras, en que los hombres cumbres no quedaron exentos de censura como resulta del clásico dicho horaciano: "*quandoque bonus dormitat Homerus*".

Si se tiene en cuenta que la materia de que dispone el político no puede recibir tal calificativo sino por comodidad de expresión, y que no es inerte, como las palabras lo son para el escritor; los colores para el pintor; la arcilla para el escultor; la piedra, el cemento o el hierro para el arquitecto, se comprenderá que su tarea es mucho más difícil. Aquella materia son los hombres, sus semejantes, sus compatriotas, con sus apetitos y virtudes comunes, o ambiciones de rivalidad en el oficio, y los extranjeros como individuos o apoyados en sus gobiernos, a quienes la interdependencia de los países civilizados convierte en factores de los problemas existentes en cada Estado particular. Y aquella tarea, de persuadir a un pueblo las soluciones que le convienen y dirigirlo con acierto por entre los mean-

dros de la evolución mundial, está al alcance de muy pocos humanos. El hecho político no es una creación individual —como la del artista a solas con su imaginación creadora, o la del filósofo con su pensamiento en lo que Lucrecio llama *templa serena*— sino el resultado de una actividad múltiple, de acciones y reacciones recíprocas entre la colectividad y sus dirigentes; en consecuencia, hecho complejísimo y poco susceptible de integrarse en una ley o esquema fijos.

En el comienzo de las sociedades que figuraron en el primer rango de la Historia se halla por lo general el héroe fundador de la ciudad, o del régimen de gobierno, o de la empresa nacional; o el profeta creador de una religión, o receptor de un mensaje divino, o revelación de una verdad sobrenatural, con añadidura temporal, promesa para un pueblo elegido: Rómulo en Roma, Moisés en Palestina, Mahoma en Arabia. Pero como los pueblos deben vivir, pese a que dichos legisladores no pueden pedirse de encargo cada vez que se los necesita, los hombres directivos aportan sus luces a la tarea común, en cada época y a cada generación, elaborando entre todos el sistema de política nacional, que pone al alcance de la minoría dirigente las nociones elementales indispensables al cumplimiento de la elevada misión. La excepcionalidad de los casos en que el sistema nacional se puede referir a un legislador semidivino o legendario indica que los mejores, los más afortunados y durables, se formaron de modo casi experimental, por la obra conjunta de muchos grandes estadistas en el curso de la Historia, sin que dicha grandeza comporte en todos los casos plena conciencia de los resultados perseguidos ni de la bondad de los métodos empleados.

2. El innoble oficial y el noble oficio

Pero las dificultades a vencer para el establecimiento de un sistema nacional provechoso parecen mayores que las existentes en el arte, la moral o la filosofía.

El político habitual suele ofrecer espectáculos demasiado tristes, para que no se comprenda la magnitud

del descrédito que entre todos los que componen su clase lograron arrojar sobre la actividad a que se dedican. Desde el ínfimo comitero que se ocupa en sacar de la cárcel de contraventores a correligionarios del bajo fondo, o que *se desgracian,* en lograr exenciones de patentes a cambio de pequeñas coimas, u otros menesteres de ganapán, hasta el aventurero afortunado que sin mérito alguno escala posiciones, a veces incluso la más alta, para dedicarse exclusivamente a enriquecerse sin causa, o a repetir en el gobierno todos los abusos contra el pueblo de que se quejó junto con su partido mientras actuaba en la oposición, los profesionales de la política dieron suficientes motivos para tomar como con pinzas la actividad que ejercen.

Como quiera, si se reflexiona con frialdad, se echará de ver que pese a sus defectos, aun esos venales usurpadores del noble título de servidores públicos, a que implícitamente aspiran todos los políticos, despliegan un mínimo de generosidad, mayor que la de muchos hombres ocupados en quehaceres honestos, pero que no persiguen sino su interés más exclusivo, personal y egoísta. El tiempo que empiezan por dedicar a los demás —y de que se privan para atender a tareas lucrativas— les permitiría prosperar honradamente, más de lo que el término medio de los puntales de comité medra con las granjerías de una participación legítima o clandestina en el poder oficial. Y los verdaderos profesionales del oficio, aun los que no llegan al heroísmo, pero cumplen cabalmente sus modestos deberes en puestos administrativos o de gobierno son, cuando aparecen en un país en cantidad apreciable, la madera con que se hace la grandeza de las naciones.

Como en ausencia del genio —en las otras actividades del espíritu— no se deja de cultivar la literatura, el arte o la filosofía, la falta del héroe tampoco nos permite abandonar el estudio de las disciplinas que encuadren a quien deba remplazarlo en su tarea específica.

3. El futuro no es susceptible de conocimiento cierto

El mayor obstáculo que la política opone a la inteligen-

cia es que el futuro, en cuyo manejo está su misión, no es susceptible de conocimiento cierto. La mejor educación del príncipe, el mayor acopio de antecedentes por las oficinas de cada rama de la administración, el más sabio asesoramiento de las minorías selectas reunidas en los consejos del gobierno, jamás eliminarán la parte aleatoria, como de salto en el vacío, que hay en toda decisión práctica. Un gran político argentino de nuestro tiempo lo dijo en forma insuperable al contestar la pregunta que se le formulaba sobre si la reforma electoral que proponía era un camino seguro: *"Tomar un rumbo del porvenir es siempre difícil e incierto. Nadie tiene la presciencia. Es siempre una opción entre dificultades"*.

La obligada modestia de rehusarse a profetizar se comprende en todo espíritu juicioso. Pero la desdicha del político está en que su oficio le *impone* la dura necesidad de proceder como si viera el porvenir en una bola de cristal, o de lo contrario no hacer nada, en la imposibilidad de conocer a ciencia cierta la solución infalible. Decía Aristóteles que lo contingente es lo que puede suceder de otra manera, escapando a los razonamientos rigurosos. Equiparaba el error de admitirle al matemático razones probables, con el de pedirle al retórico, u orador político, demostraciones irrefutables. *"Las cosas que consisten en acción* —agregaba— *y las convenientes, ninguna certidumbre tienen"*. Y concluía: *"ésta ciencia no es oír, sino obrar"*; lo que parecería reducir la acción a un voluntarismo acéfalo, horro de toda información como de toda actividad reflexiva. Pero los aforismos de los filósofos no se pueden aislar de su contexto. Y tanto en la ÉTICA, como en la POLÍTICA del Estagirita se hallan las precisiones indispensables para entender que la primacía dada por aquél a la acción no sólo no excluía sino que, por el contrario, comportaba el mayor acopio de datos y la mayor suma de reflexiones aportadas por los consejeros de quién debiese asumir la responsabilidad de las supremas decisiones.

Con todo, el hecho fundamental de que lo contingente, particular y variable no es necesario, en el sentido de forzoso, ni susceptible de conocimiento cierto, hace de la actividad práctica del hombre algo que de-

pende menos de la razón que de la voluntad. Que ésta sea esclarecida por la experiencia histórica y vivida, por los consejos de los asesores, por la información exhaustiva de las oficinas públicas, por la opinión de los particulares donde el libre debate esté permitido y exista, nada más deseable. Pero en el momento de la decisión última prevalecerán siempre un hábito, una intuición del inmediato futuro, una previsión, un golpe de vista —que puede llamarse de doble vista—, facultades que definen al político cuando se dan en un hombre de acción, y que hay que presuponer en todo gobernante, aunque no las tenga; pues las opciones prácticas que todo jefe de Estado se ve precisado a tomar a cada momento en última instancia dependerán de tales disposiciones anímicas, mucho más que de ningún sistema racional, por rígido y omniprevisor que sea.

Para obviar la dificultad que presenta esa situación jamás dejaron los hombres de idear sistemas permanentes de organización civil, destinados a encuadrar la acción de sus gobernantes. En la antigüedad, salvo la excepción romana, en la mayoría de los casos se apeló a un jefe unipersonal, o monarca, hereditario o electivo, a quien se confiaba la tarea de tomar las decisiones últimas. En el mejor de los casos se trataba de educar al príncipe, y, en el peor, de sujetarlo al cumplimiento de las leyes o de controlarlo por medio de un consejo de ancianos prudentes, con la misión de reducir al mínimo la incertidumbre inherente a la política.

Capítulo III: *La educación del príncipe*

1. Alumnos regios y preceptores sabios

Desde los tratados de Aristóteles que ya mencionamos, hasta las EMPRESAS POLÍTICAS de Saavedra Fajardo y el DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL de Bossuet, muchas de las mejores obras relativas a la actividad práctica del hombre se redactaron con el expreso fin de formar el espíritu de los herederos presuntos de un trono, como en la época posterior se escribirían para educar al pueblo, único soberano legítimo en los regímenes de gobierno representativo. Rasgo común a dichos tratados de filosofía política es el de que hablan a los príncipes de sus deberes muchísimo más que de sus derechos, y que en ninguno de ellos se leerá nada semejante a esta frase del CONTRATO SOCIAL, piedra sillar de la doctrina de la soberanía popular: *"En buen derecho, un pueblo es siempre dueño de cambiar sus leyes, aun las mejores, pues si le place procurarse el mal, ¿quién tiene derecho a impedírselo?"*. En los de Aristóteles lucen las nociones más exactas y durables acerca de la eterna operación del espíritu humano en el terreno temporal, con amplitud que sirve para ilustrar a los políticos bajo cualquiera forma de gobierno. El de Saavedra Fajardo tiende de tal modo a examinar la tarea de dirigir a los hombres desde el punto de vista de la eternidad, que en vez de encuadrar la ambición con las normas de la justicia y el derecho, más bien la desalienta y paraliza, menos iluminando que destruyendo la materia que trata, como una luz que incendia más de lo que alumbra. Por su parte, Bossuet se permitía tales libertades con los antecesores del príncipe que tenía misión de educar, hablando de la fiscalidad voraz de Felipe el Hermoso, la injusticia y la crueldad de Luis XI,

nde

y la ferocidad y la duplicidad de Carlos IX, que resulta lo contrario de la idea que generalmente se tiene de un preceptor regio como de lisonjero adulador oficial.

Pero en ningún caso el resultado respondió a las esperanzas que se podían cifrar en la calidad de los preceptores. La profunda sabiduría del filósofo griego no alcanzó para quitar al temperamento de Alejandro los resabios de barbarie que le quedaban de su nacimiento en el trono macedónico. El alumno de Bossuet no llegó a reinar; y es dudoso que si le hubiese tocado suceder a Luis XIV, el triste personaje descrito por Saint Simon hubiese dejado al obispo de Meaux en mejor postura que el hijo de Filipo al Estagirita, con los frutos de su enseñanza. Cuanto a los Felipes de España, a quienes se destinaban las EMPRESAS POLÍTICAS, eran los príncipes de una dinastía en decadencia, destinada a acabar en la esterilidad de Carlos el Hechizado. Y ni aun la enseñanza de otro preceptor, más centrada en lo temporal que la de Saavedra Fajardo, habría probablemente servido para orientar mejor a los reyes de España, que a la muerte del filósofo político ya había perdido el primer rango entre las grandes potencias del mundo.

La educación formal del soberano jamás le dio ni le dará a ningún príncipe, dinasta o multitudinario, lo que no tuviera o tenga recibido de la naturaleza. El brazo y la cabeza no pueden estar separados en el hombre de acción. Más de una vez se intentó en la Historia la asociación entre un cerebro político sin mando y un príncipe de hecho sin cerebro. Y siempre tales experiencias fracasaron. Porque la prudencia, la intuición del futuro inmediato, la imaginación de lo hacedero, facultades definitorias del hombre de acción, si bien se pueden adquirir por el ejercicio —aunque suelen ser innatas— no se transmiten por la enseñanza de un preceptor a un discípulo, o de un consejero a un ejecutor.

Más adelante veremos cómo se puede organizar un sistema colectivo por el que se pone la inteligencia política al servicio de los dirigentes de hecho en un país afortunado. Pero antes debemos examinar las tentativas

modernas más ambiciosas de someter el mundo moral a una dirección tan científica, como la del mundo físico.

2. De la prudencia a la regla fija

Cuando el hombre moderno resolvió independizarse de toda trascendencia y manejar el mundo por sí solo, estableció para el ejercicio de su propio arbitrio normas demasiado rígidas, más tiránicas que las de la antigua prudencia. Seguro de su cabeza, menos seguro de su corazón, creyó eliminar del mundo el azar aún subsistente, estableciendo una ley fija, dictada a su voluntad por la razón abstracta. Como un príncipe que abdicara al día siguiente de recuperar el trono, el hombre moderno volvióse esclavo de una nueva quimera, sustituida a la antigua, pero cuyo carácter de tal era más seguro, por ser fruto identificable de su propio espíritu. Desde ese momento el mundo práctico fue manejado como no lo había sido hasta entonces. La regla general, invariable, omniprevisora, se aplicó a los casos particulares, variables e imprevisibles. El dominio de la razón, facultad de las ideas claras y distintas, consideróse extensible al oscuro campo de la conciencia; y ésta, susceptible de una iluminación capaz de orientar en ella infaliblemente.

Mientras duró la evolución, obra de siglos, la lentitud del cambio y su falta de aplicación universal, permitían la formación de hombres que, dentro del nuevo sistema, aseguraban la dirección de los negocios humanos según las reglas del antiguo. En ese confuso período de transición, la conservación del progreso adquirido podía atribuirse a cualquiera de los dos sistemas. La ausencia de las extraordinarias ventajas que la humanidad se prometiera con el cambio no podía inquietar. El cumplimiento de esas promesas quedaba a cargo del porvenir.

La desilusión llegó al convertirse en nuestro presente el porvenir de los primeros innovadores. El absoluto predominio del racionalismo, vale decir de las categorías lógicas aplicadas sin discriminación a todas las facultades humanas, provocó el desmedro de aquellas en que dichas categorías no son aplicables. Esa confusión de géneros se tradujo por una abdicación de la voluntad ante los

hechos prácticos. El reemplazo del prudente por el jurista significó la entrega de la dirección a quien no podía dirigir; la realidad concreta encomendada no a la voluntad viviente, sólo capaz de desposarse con sus líneas imprevisibles, sino a las abstracciones heterogéneas con aquella que llenan las cabezas de los nuevos directores del mundo. El resultado fue —al completarse y generalizarse la evolución— un desorden material, intelectual y moral sin ejemplo.

La universalidad de los desastres acarreados por el imperio de las reglas, fórmulas y normas deshumanizadas provocó, si no la revisión del sistema, ni de los principios en que se basa la organización de los países y del mundo, por lo menos un abandono del espíritu sistemático, el deseo de salvarse por cualquier medio, así fuese el que se creía superado, eliminado para siempre: la voluntad humana.

La masa misma, hasta ayer confiada en la infalible virtud de las instituciones que se diera por propia voluntad, volvió la vista a todas partes en busca de la voluntad ajena, de los hombres que la salvaran, aunque fuese imponiéndole en lugar de persuadirle los medios de la salvación. Y no le era fácil encontrarlos. A medida que la multitud iba perdiendo su ojeriza hacia el autócrata, éste tardaba en aparecer. No porque faltaran candidatos para ese papel, sino porque eran muy pocos los capaces de hacerlo con acierto, como lo prueba la historia de los caudillos aparecidos en épocas recientísimas. El fenómeno, lejos de ser resultado de una adversa casualidad, era perfectamente necesario. La falta de hombres se explicaba precisamente por las mismas causas que hacían desear o reclamar su presencia; causas que una vez dadas no podían no producir su efecto natural.

Cuando el clamor —de los desorientados— por una voluntad humana que mandara volvióse general, la opinión respondía: *no hay hombres*. Coincidiendo con el momento en que de nuevo eran necesarios, los "hombres" habían desaparecido de las clases dirigentes. Y los que al margen de ellas aparecieron no resultaron los más adecuados. Los individuos a quienes, por su situación y sus dotes personales les correspondía mandar y recibían

—aun en las democracias— la educación del príncipe, se les enseñaba a no tener voluntad propia, a decidirse siempre, no por la imaginación de lo hacedero sino por el precedente; a considerar lo operable, singular y contingente, como si fuera universal y necesario, objeto de especulación. Las reglas, cuya aplicación era discrecional en el antiguo sistema de la prudencia, habíanse vuelto imperativas en la educación exclusivamente jurídica del político moderno. Y al fracasar el reinado de las generalidades abstractas, era raro que en los puestos directivos hubiese voluntades capaces de encararse con la realidad particular y concreta del único modo que permite manejarla con éxito, dando al hecho práctico, siempre y por esencia nuevo, una solución original.

La influencia de la formación política moderna en la falta de hombres se confirma por el origen de los "hombres" que nuestra época produjo. Hijos del pueblo, por su misma impreparación preservados de las inhibiciones sufridas por las clases dirigentes, espíritus insofisticados, cuya voluntad se hallaba en teórica libertad de indiferencia respecto de los medios. Pero su llegada al poder se produjo por medio de revoluciones, lo que no era una manera regular de dar acceso a la capacidad en la dirección del mundo.

Los males señalados al final del capítulo precedente derivan de la creencia en la capacidad de la razón razonadora para plasmar por medio de dogmas, y a su antojo, el mundo de lo contingente; lo que inclina a pensar que se puede establecer a plumazos un orden perfecto. Cierto, algunos ideólogos, entre ellos nuestros organizadores de 1853, corrigen el principio de la soberanía popular, basada en el número, con el agregado de que dicha soberanía no puede entenderse como absoluta, sino en el acuerdo de la voluntad general con la razón. De ahí el corolario de que el pueblo debe ser educado para acceder a la soberanía.

Es la tesis de la democracia condicionada, que tiende a instituir una tutoría de los ideólogos sobre la masa; tutoría que, por sus condiciones, resultará permanente. En efecto, si el ejercicio pleno de la soberanía por el pueblo mismo debe subordinarse a su ilustración total —en todas dimensiones— nunca llegará el momento de aquel ejercicio. Pues la ilustración del pueblo, en los términos que generalmente se la requiere, es imposible. Nunca llegará todo el cuerpo electoral, por restringido que sea, a tener la capacidad necesaria a la comprensión total de los problemas de gobierno que se reclama del elector común. Quienes hacen de esa ilustración incondicionada la condición *sine qua non* del pleno ejercicio de la soberanía por las masas suelen ser gente interesada, teorizadores de la tutoría del pueblo y a la vez candidatos a tutores permanentes de una colectividad que siempre considerarán menor de edad.

Para que la capacitación necesaria al pleno ejercicio de la soberanía popular sea aceptable, se la debería

entender condicionalmente. Vale decir, como la capacidad probada por determinado pueblo para comprender sus propios intereses, no como demostración de una ilustración cultural abstracta, que es de la que por lo general se habla. Y cuando se menciona la cultura política popular, no se puede concebir que la tenga una masa cualquiera, sino un pueblo, el cual, según Cicerón, es el de una verdadera república: una reunión de hombres, cimentada en un pacto de justicia y una comunidad de intereses, y no cualquier informe amontonamiento humano. Hay pueblos que comprenden su propia conveniencia, que responden a los temas de interés colectivo, capaces de controlar a sus dirigentes y de resistir a las incitaciones de extraviarse. Y otros que no; como aquellos compatriotas de Maquiavelo que gritaban durante las convulsiones de la república florentina: *"¡Viva mi muerte! ¡Muera mi vida!"*. Los primeros tienen la ilustración necesaria para gobernarse, aunque se compongan de mayorías analfabetas; los segundos carecen de capacidad para el gobierno propio, por alto que sea en ellos el índice de alfabetismo, e incluso el de la cultura abstracta universalista, como lo prueba en nuestro tiempo el caso argentino.

Claro está que dicha ilustración comporta la posibilidad de errores, como los de la ilustración entendida iluminísticamente. Y los pueblos mejor capacitados se equivocan, como los cuerpos políticos minoritarios, como las asambleas censitarias o de sufragio universal, como las aristocracias y las oligarquías, como el rey más cuerdo. Y los defectos teóricos de la democracia no se pueden negar. Pero la monarquía también los comporta; como por ejemplo la locura del rey, sus malas pasiones, su afán de adulación, el despilfarro financiero entre paniaguados y favoritos. Ello no obstante, allí donde una dinastía o una aristocracia prestaron servicios evidentes a la comunidad, como en Francia hasta la revolución de 1789, y en Inglaterra hasta las vísperas de la segunda guerra mundial del siglo XX, hubo espíritus cultos y libres que fueron partidarios de la monarquía o la aristocracia. Pero donde el pueblo fue el elemento social que prestó servicios nacionales evidentes, en mayor nú-

mero y con mayor continuidad que la minoría o la masa, hay que ser republicano.

Hay que entender este pronunciamiento a favor de una república eventual como un complejo que se define por su mejor cualidad. Vale decir, que la república viable es el nombre de una forma de gobierno deducida de una experiencia feliz, llevada a cabo por un pueblo en el que las masas populares mostraron hábitos mejores y erraron menos que los jefes o las altas clases en cumplir sus deberes respectivos, como ha sucedido entre nosotros en los varios siglos de existencia que se puede atribuir a la comunidad argentina. Podríase objetar, como lo haría Alberdi en las postrimerías de su vida, en su fragmentario libro DEL GOBIERNO EN SUD AMÉRICA, que somos hechura de la monarquía española, bajo la cual disfrutamos trescientos años de profunda paz.

Cierto, la monarquía nos dio algo importantísimo, la base del futuro Estado argentino, al fundar el virreinato de Buenos Aires, integración de regiones antes ajenas con variados y diversos recursos bajo una sola jurisdicción política, que transformó una zona imperial tradicionalmente pobre en una de las más ricas del mundo. Y esa integración geopolítica, que apenas tenía paralelo en el mundo de aquella época —excepto los imperios inglés y español, el primero en formación y el segundo en decadencia—, es una de las tareas nacionales más difíciles para cualquier comunidad por bien dotada que sea espiritualmente. Puede sostenerse que figura en la categoría de las obras maestras de la práctica. Italia, cuya capacidad como pueblo es indudable, y que desde el Renacimiento para acá descolló en la civilización occidental, pasó siglos no siendo más que una expresión geográfica. Y debió esperar la aparición de una notable generación de hombres de acción, coincidente con una afortunada combinación de circunstancias internacionales, para lograr su integración nacional. En el virreinato de Buenos Aires tuvo nuestro país la base de una poderosa nación; y si bien la acción de la corona española probó su capacidad organizadora, no fue sin los seculares reclamos de los colonos rioplatenses, que desde antiguo hicieron denodados esfuerzos por detener la expansión portuguesa que siempre los amenazaba, demostran-

do una comprensión de los intereses regionales en el seno del imperio superior a la de los colonos anglosajones.

Por lo que la Argentina independiente mostró en el curso de ciento setenta años, es dudoso que nuestra comunidad hubiera sido capaz de alcanzar por sí sola lo que España nos legó como herencia patrimonial más preciosa: el virreinato; pues lo dejó desmembrarse. Mas, por desgracia, a lo largo de los siglos coloniales, el manejo de nuestros intereses territoriales por la corona española fue desastroso, aunque sus agentes acertaran a veces. El bien militar y diplomático que se logró en nuestro país, durante la colonia, por los gobernadores o virreyes españoles o criollos de otras secciones americanas —siempre comprendido y secundado por los rioplatenses, núcleo inicial del pueblo argentino— fue contrariado reiteradamente por la corte de Madrid. La política oriental del Plata —que debió ser nuestro destino manifiesto, como en la América del Norte la apertura del oeste— fue mejor comprendida por los rioplatenses que por la corona española. Al revés de lo que había de ocurrir en el hemisferio norte, donde la corona británica comprendió mejor que sus colonos el programa de engrandecimiento para aquella región del imperio. Con motivo del Tratado de Permuta, en 1750, ejemplo el más desdichado de los errores cometidos por la monarquía española en perjuicio del Plata, esta colonia dio la mayor prueba de su capacidad para gobernarse por sí misma. Pues la entera opinión de la comunidad rioplatense, en sus autoridades civiles, militares y eclesiásticas (gobernadores, obispos, cabildos municipales y episcopales de todas las provincias) se pronunció unánime, sin concierto previo, en una época sin comunicaciones instantáneas, con una inteligencia del interés común que prefiguraba la grandeza de una futura república; pero fue impotente ante la decisión del gobierno imperial. Como sucedería tantas veces más tarde, con presidentes del país emancipado, elegidos o autocráticos, empecinados en el error e impunes ante la impotencia de los gobernados, más ilustrados que ellos. El pueblo rioplatense, colonial e independiente, siempre fue más capaz de comprender los programas de engrandecimiento nacional que sus dirigentes de proponérselos, o de reali-

zarlos por iniciativa propia. Y no es aventurada conclusión —pese a todas las razones en contrario— decir que su cultura política en la época de su analfabetismo total o en la de su semialfabetismo, fue relativamente superior a la de quienes pretendieron sujetarlo a tutela mientras se educaba, si se juzga a cada elemento social según su función específica.

Capítulo V: *Las formas de gobierno, esquemas intelectuales deducidos de experiencias históricas afortunadas*

Esta idea parecería contradecir las más antiguas tradiciones de la humanidad, que siempre imaginó a sus legisladores a guisa de Moisés bajando de un Sinaí a impartir la ley recibida de lo alto, o yendo como los decenviros romanos a buscar fuera del país el modelo de la legislación perfecta. La tendencia a proponerse el máximo bien común como valor universal y a confundir la regla humana con la divina, de que hay tantos ejemplos en el pasado, depende de aquella participación que Dios tiene en las cosas del mundo y es base de toda sociedad civilizada. Pero no por inveterada será más verdadera la confusión entre un legislador religioso y un legislador civil, entre una organización de la sociedad y una organización del Estado. Veamos los famosos casos aludidos. El alcance de la antigua ley revelada, en el terreno político, quedó limitado por el *Dad al César lo que es del César*, dicho por el profeta de la nueva. Y en cuanto a las Doce Tablas, el prurito imitativo habrá contribuido a la forma sistemática que recibió la legislación romana, pero los principios recogidos en ella fueron los mismos que regían hacía varios siglos en el Lacio, y quedarían vigentes a través de las vicisitudes políticas y los cambios estatales ocurridos entre su promulgación y la caída de Roma.

También parecería esa tesis contradecir la tendencia de los mejores filósofos, a examinar detenidamente el problema de las formas de gobierno. Esto no reza exclusivamente con los heterodoxos, puesto que Santo Tomás lo tomó en cuenta. Pero la objeción que de ello resultaría es más aparente que real. Su propia conclusión, como la de su maestro Aristóteles, a favor del gobierno

mixto, prueba la inconsistencia fundamental de cualquiera de las formas particulares tomada por sí sola, y la dudosa validez de la concepción que les atribuye una realidad anterior, en vez de posterior al hecho político. El afán de llegar a los últimos repliegues del espíritu justifica la tarea de los mejores filósofos al examinar los módulos de la actividad práctica, respetando los términos habituales de que se sirven los hombres de acción, por imperfecta que sea su terminología. Pero ese respeto no debe inducir en error, ni impedir llevar a sus consecuencias últimas el pensamiento de aquellos mismos maestros, cuyo realismo supera el apriorismo fundamental del criterio recibido en la materia.

Para llegar a la conclusión adelantada en el título de este capítulo, había que seguir a los clásicos. En efecto, su atenta lectura permite ver que cada autor ilustra sus demostraciones con ejemplos sacados de las más afortunadas experiencias históricas; que el alegato republicano se confunde con la historia de Roma, el monárquico con la historia de Francia o de España y el aristocrático con el de Inglaterra; que nadie sostiene la validez de una forma abstracta, a no ser los utopistas; que estos mismos combinan para sus ciudades ideales las ventajas de todas las formas de gobierno, desechando los inconvenientes de cada una de las particulares, y llegando a la misma conclusión que los filósofos realistas; que al profundizar el análisis todos los autores revelan diferencias y hasta oposiciones, a veces irreconciliables, entre uno y otro caso de los aducidos para caracterizar la monarquía, o la aristocracia, o la república.

Así, por ejemplo, se empiezan a ver los contrastes entre las repúblicas griega y romana, entre las monarquías española y francesa anteriores a la revolución de 1789, entre las repúblicas de Norteamérica y de Francia, entre las monarquías constitucionales de varios países hasta nuestros días. En Grecia el sistema republicano había sido poco legalista y se había caracterizado por una participación casi directa de las mayorías ciudadanas en el gobierno, mientras en Roma sucedió lo contrario, sobreponiéndose pesadamente la autoridad del Estado y la rigidez de la ley al interés del individuo. El contraste entre dos regímenes de forma en apariencia igual pa-

rece más señalado en los casos de las viejas monarquías de Francia y España. Mientras la primera fue eminentemente empírica y se guió casi exclusivamente por un espíritu de nacionalismo estrecho, la segunda fue legalista y se dedicó durante siglos a un objetivo universal, la defensa de la unidad de la fe, hasta sacrificar en la empresa los intereses del Estado particular que dirigía. Del mismo modo era fácil advertir marcadas diferencias entre las modernas repúblicas norteamericana y francesa, habiéndose caracterizado ésta en su accidentada vida por ser antitradicional, antirreligiosa, extremista, víctima de violentas revoluciones en sus primeros conatos y luego sacudida durante el período de mayor duración por las agitaciones de un parlamentarismo anárquico, mientras aquélla —excepto un solo accidente— seguía imperturbable marcha regular moderada, con un régimen presidencial autoritario, sustraído de las fluctuaciones de las mayorías legislativas, y animada por un espíritu tradicional que jamás se desmentía. Finalmente, y limitándose a las más conocidas del lector culto, para no extenderse con exceso, nadie ignora las diversas características de las monarquías constitucionales, desde la fundadora y propagadora del sistema hasta las innúmeras que a su ejemplo se establecieron por todas partes. Inglaterra fue, de todas ellas, la única que conservó invariable el mismo sistema organizado al constituirse definitivamente como tal en el siglo XVIII, arrebatando la preponderancia de la corona para dársela a la nobleza, mientras en Francia y España el rey dejó rara vez de ejercer una influencia decisiva, más o menos ilegal, en los negocios públicos. Entre el fracaso de Jorge III al intentar el restablecimiento de la prerrogativa real por medio del soborno —para luego perder América y volverse loco— y la abdicación de Eduardo VIII, no hubo jamás alteración de la monarquía constitucional en la que el rey reina pero no gobierna.

Capítulo VI: *Incesante evolución de las formas políticas*

1. Panorama histórico

Las vicisitudes del mismo sistema de la monarquía constitucional en los otros países civilizados eran interminables. Si bien el segundo de los Borbones de Francia restaurados en 1814 fracasó de inmediato al proponerse volver al antiguo régimen absolutista con sus ordenanzas de 1830, cayendo del trono, su primo Luis Felipe no soportó mucho tiempo la tutela de los jefes parlamentarios Perier o Thiers, gobernando la mayor parte de los 18 años que duró su reinado en violación más o menos abierta de la carta fundamental, con Molé o con Guizot; Fernando VII juró a la fuerza en 1820 la constitución de 1812, pero no la cumplió sino tres años, para repudiarla en cuanto se lo permitió el apoyo de los Cien Mil Hijos de San Luis, y tanto su esposa María Cristina, durante la regencia, como su hija Isabel II, desde su mayoría de edad hasta su abdicación, aunque sin restaurar explícitamente el absolutismo, como aquél lo hiciera en 1823, gobernaron efectivamente, pese a los estatutos viejos o nuevos jurados en distintas ocasiones, prevaleciendo sobre las mayorías parlamentarias, no por medio del soborno, como su pariente el Orleáns, sino del pretorianismo, hasta caer víctimas del sistema por ellas practicado.

Además de esas circunstancias, demostrativas de la particularidad fundamental del fenómeno político, estudiado en las formas gubernativas que lo reducen al dominio de la inteligencia, existe la evolución incesante de esas mismas formas, aun dentro de un régimen que no sufra un cambio esencial. La república romana empezó dejando intacta la estructura del Estado autoritario como se hallaba constituido bajo la monarquía, menos

en la duración de todas las magistraturas y el carácter unipersonal del poder ejecutivo, para dar paulatinamente acceso cada vez mayor a la plebe en la dirección de los negocios, y luego volver a la prórroga de los mandos militares y proconsulares, que antes de hacerla madurar para el imperio le daría el dominio del mundo. La antigua monarquía francesa no tuvo siempre las características del centralismo que se le conocieron en su apogeo, bajo Luis XIV, muy contrapesada hasta esa época por los fueros de los nobles —que de iguales al rey se convirtieron en sus servidores— y de los Estados regionales soberanos —que entrados a la unión nacional como provincias con dinastías propias llegaron a ser intendencias reales—, quedaría tranformada en el parangón del absolutismo. Igualmente la inglesa, desde que se organizó al estilo parlamentario regular, aunque desenvolviendo su régimen aristocrático del modo más rectilíneo posible, experimentó dos grandes transformaciones que hacen difícil tomarla como ejemplo de la misma monarquía constitucional en su comienzo y en nuestros días.

Una de ellas fue la que decidió el pleito entre los aristócratas por el reparto de la preponderancia arrebatada a la Corona, al establecer en secular desarrollo el ejercicio del poder ejecutivo por un ministerio sujeto a la autoridad del caudillo parlamentario triunfante en las elecciones generales que hoy es columna institucional del imperio, en lugar del gabinete sin normas fijas, anarquizado por las luchas de ambición entre los pares y expuesto a las intrigas de la monarquía vencida con que se inició el régimen hace más de dos siglos.

La otra consistió en la gradual e ininterrumpida extensión de la base del sistema representativo, hasta llegar al sufragio universal de hombres y mujeres para la elección del Parlamento, que ha hecho de una aristocracia cerrada, árbitra exclusiva de los destinos nacionales y enemiga de las libertades de la palabra, la prensa y el voto, una oligarquía plutocrática abierta a todas las clases, en la que, si bien los nobles y los ricos prevalecen, la mayoría del pueblo participa en el gobierno, dando su aprobación en el comicio del que antes estaba excluido.

En fin, para tomar la experiencia afortunada más

reciente de la que se hayan sacado ejemplos útiles a la discusión sobre las formas de gobierno, la república norteamericana no ha dejado de evolucionar grandemente, como todos los otros regímenes de real vitalidad; su constitución ha sufrido bajo el influjo del tiempo modificaciones tales que causan asombro al advertirlas, después de haberse saturado uno con la idea de su fijeza invariable, que le atribuyen la mayoría de sus glosadores en ambos mundos. De ellas es primordial la que hizo de una confederación laxa —pasada de los artículos iniciales a la constitución definitiva— un gobierno federal sólido e indivisiblemente unido. No se trata únicamente de la historia de la guerra civil, que acabó para siempre con el secesionismo teórico y práctico subyacente en los principios constitucionales originarios, sino además de la evolución que despojó a una de las instituciones fundamentales, el Senado, del carácter que le asignaba la ley escrita de congreso diplomático representativo de los Estados provinciales, para dejarle el de mero poder colegislador, que no había ejercido en las primeras décadas de vigencia del sistema constitucional, cuando esa alta cámara no había tenido comisiones para las distintas ramas de la legislación, comisiones que son el órgano indispensable de un cuerpo legislativo.

Estas consideraciones tienden a mostrar la esencia mudable de las llamadas formas de gobierno, las dificultades que se oponen a la precisa definición de cada una de ellas, lo infundado del apriorismo que las cree anteriores en vez de posteriores al hecho político, y su verdadera naturaleza de esquemas intelectuales deducidos de experiencias históricas afortunadas.

2. Colaboración de todos los elementos sociales en las empresas políticas afortunadas

Como es difícil imaginar al poeta o al filósofo de las primeras edades estableciendo las leyes retóricas antes de hacer versos o las reglas de la lógica formal antes de filosofar, también lo es imaginar al caudillo de una sociedad civil proclamando las normas a que ajustará su conducta antes de dictárselas a sus gobernados. Como el

primero canta, y el segundo concibe lo universal, el tercero gobierna espontáneamente. La materia a que se aplica su actividad son los hombres, en vez de las palabras y los conceptos. La operación de su espíritu es del mismo género, si bien de distinta especie; pero como la materia que maneja el estadista es espíritu, pues consiste en dirigir a sus semejantes —y no en manejar un vocabulario o usar herramientas—, su tarea no puede ser tan independiente de aquélla como lo es la del lírico que modula su canto o la del sabio que desarrolla su idea, sin más limitaciones que su propia capacidad.

Así, el hecho político no es, como el poético o el filosófico, fruto de una labor individual y susceptible de quedar fijo en una expresión inmutable. Por el contrario, resulta de una actividad plural de acciones y reacciones, entre una colectividad y su órgano oficial; y se halla siempre en estado fluido. De ahí su complejidad terrible y la dificultad que ofrece a toda rígida esquematización, dificultad mayor que la ofrecida por todos los otros frutos del espíritu humano.

Pero si es más difícil comprender en reglas generales —o sea en una clasificación de las formas de gobierno— los hechos políticos que, por ejemplo, los artísticos en sus respectivos géneros, cosa nada fácil por otra parte, lo será menos distinguir sus diversos elementos. Cuando se va al fondo de ese complejo de fenómenos producidos por la actividad práctica del hombre en el manejo de la comunidad a que pertenece, cualquiera sea el nombre escolástico dado a la constitución escrita o consuetudinaria vigente en un país, en todos los casos se puede observar la presencia de tres factores indispensables, pese a las diferencias de forma que de uno a otro existan en la distribución legal de los poderes definida en la organización constitucional. En todas partes el gobierno digno del nombre es fruto de una colaboración entre un jefe unipersonal que en última instancia decide, una minoría que asesora y un pueblo que tácita o expresamente asiente. Cuando falta uno de esos factores la experiencia fracasa, y sobrevienen la anarquía, el desorden y la decadencia o el estancamiento. Cuando todos cumplen su misión, el resultado es una gran empresa, cuyos rasgos históricos se empiezan a estudiar como ma-

teria de la ciencia política. Y, por lo general, cada serie de obras maestras colectivas de esa especie pasa a ser considerada como un tipo particular entre las formas de gobierno. Los fracasos, que forman la mayoría de las experiencias intentadas por los hombres para vivir en sociedad, no llegan a fundar una tradición recomendable, un estilo de convivencia que puede servir de modelo a nadie. En consecuencia, suelen interesar poco a la discusión política y rara vez evitan las convulsiones que impiden la organización de un establecimiento regular, de cuya forma se puede hablar como de una realidad.

Claro está que ni aun en las experiencias más afortunadas de secular convivencia civilizada faltan los accidentes y las interrupciones, desde que el espíritu humano es limitado y su actividad no se desarrolla en ningún orden con inalterable perfección. Ni el gran poeta o el gran filósofo aciertan siempre, ni la nación más afortunada en el arte o la filosofía puede siempre gloriarse de tener una serie ininterrumpida de maestros en aquellos géneros o disciplinas intelectuales. Del mismo modo, tampoco será infalible el mejor político de su historia, ni segura la sucesión en el mando de un gran jefe de Estado a otro gran jefe de Estado, pues el azar de las matrices no responde con exactitud a las exigencias del espíritu geométrico aplicado a la política. Pero el balance favorable arrojado por la acumulación de resultados positivos logrados por los que aciertan, aprovechado por la minoría asesora y comprendido por el pueblo, establecerá una tradición capaz de ofrecer a la posteridad un método, modelo a seguir para el manejo del interés colectivo radicado en determinada región del mundo.

La concurrencia de los factores que llamamos indispensables en las experiencias afortunadas no quiere decir que en todas se combinen de la misma manera. Fuera de los altibajos que en la sucesión de los tiempos se producen en la vida de una familia, de una clase, de una sociedad, estas últimas definen su vocación política o sea el estilo de convivencia que más acomoda a cada una de ellas, según sea el jefe unipersonal o la minoría asesora, o el pueblo consciente quien mejor cumple la función que le compete. La diferencia es de grados, no

Imp.

de esencia, cuando se trata de grandes hechos políticos. Pues debe repetirse que es indispensable la concurrencia de todos ellos a un éxito cabal. Mas dicha tendencia permite apreciar disposiciones colectivas diversas, de la masa a confiar en una dinastía o a controlar celosamente las decisiones del jefe, de la aristocracia a mandar o asesorar, del jefe unipersonal a consultar lo preciso o demasiado. Y según sea el matiz de esa disposición particular en determinado pueblo se tendrá una monarquía, una aristocracia o una república. Del hecho político incesantemente renovado, de la experiencia afortunada, se deducirá la forma de gobierno.

3. Respuesta a algunas objeciones

Contra la tesis sostenida en el acápite precedente, parece militar el hecho de que las naciones que prevalecieron en el mundo siguieron métodos o formas de gobierno muy diversos para alcanzar la grandeza. Así, hubo en Francia durante los siglos anteriores a la revolución de 1789 una monarquía hereditaria y discrecional, que unificó al país y le dio incomparables glorias, mientras resultados similares se obtenían en Roma y Norteamérica por medio de la república, o sea la periodicidad del mando supremo; y en Inglaterra, por la monarquía llamada constitucional.

Si Francia hubiese debido su éxito de la época mencionada exclusivamente a la hereditariedad del monarca, ¿cómo es que la misma receta aplicada en otra parte no dio los mismos resultados?; si Inglaterra debiera el suyo exclusivamente a la aristocracia de corte parlamentario, que opera a la sombra de una reyecía honorífica y es capaz de absorber a los representantes del sufragio universal, ¿cómo sucede que llevado el sistema a un gran número de países —según se vio en los últimos ciento cincuenta años— fracasaron todos los ensayos artificiales? Porque en uno y otro caso, el secreto no estaba sólo en la monarquía hereditaria o en el parlamentarismo, sino además en los factores congruentes: en el primero, el asesoramiento de una burguesía ilustrada y la colaboración militar de una nobleza que dio varios grandes capita-

nes o filósofos de la guerra; en el segundo, la uniforme comprensión de los supremos objetivos nacionales difundida en la aristocracia, la mayoría de cuyos miembros podía llegar a la jefatura del ministerio sin mayores inconvenientes para la marcha de los negocios públicos, reduciendo al mínimo la dificultad de elegir periódicamente el representante del poder ejecutivo, responsable de una gran tradición política. En ambos casos, el indispensable asentimiento del pueblo existió: en la Francia monárquica por aquella obediencia que Burke en sus REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN FRANCESA decía no haber sido servilismo sino espíritu público, adoración del país en la persona del monarca; en Inglaterra, por aquel reverencial acatamiento de la masa a las órdenes de los dirigentes que vimos hasta nuestros días y que Ramiro de Maeztu analizó en su comentario sobre el dicho popular del inglés medio durante la primera guerra mundial: *"seguimos a nuestros mejores"*.

La verdadera utilidad de las esquematizaciones que son las llamadas formas de gobierno consiste no en ofrecer modelos de valor universal y eterno, cuya simple imitación asegure un acierto infalible en cualquier parte, sino en aquilatar los valores de una tradición propia, para analizar los métodos empleados por los fundadores de una comunidad original e inspirarse en ellos, siguiéndolos hasta donde es posible, según la máxima de que las cosas se conservan por el modo como se hacen; pero la repetición de los éxitos dependerá menos de aquel bien entendido tradicionalismo que de la capacidad exhibida por los hijos para continuar la tarea de los padres con la misma voluntad de grandeza.

Otra objeción a mi tesis surge del formalismo racionalista, que parte de una investigación de orígenes sociales y tropieza con insalvables obstáculos en la esencia incognoscible de la prehistoria, o en lo insondable del corazón humano, que vuelve difícil desentrañar los resortes de la voluntad colectiva en la época histórica.

Más vale hacer a un lado la cuestión de saber si cualquier dilatada sucesión de hechos políticos logrados plenamente, y susceptible de merecer el nombre de experiencia afortunada, resultó del propósito alentado por

un grupo humano en determinada región del mundo de fundar un régimen de convivencia acomodado a su disposición natural, o si, por el contrario, resultó como añadidura de la empresa política iniciada por el mismo grupo humano con objetivos más concretos de aumentar indefinidamente los elementos de la prosperidad y la grandeza comunes. Quede la averiguación para los sociólogos.

Lo que un espíritu político puede sostener es que jamás llegó una experiencia afortunada a prolongarse el tiempo necesario para que de ella se dedujese un esquema intelectual del tipo llamado forma de gobierno, sin que el probable objetivo formalista se acompañara de la voluntad de progresar, o sea la empresa colectiva del grupo humano capaz de crear una original civilización. Es posible que el móvil inicial de los hombres reunidos en sociedad sea convivir civilizadamente y fundar una legalidad duradera. Pero es discutible que tal programa exclusivo llegara jamás a realizarse de modo cabal. La tendencia de la asociación humana a establecer una norma justa es natural; pero no lo es menos la imperfección de su naturaleza, que le hace difícil satisfacer dicha tendencia. Parece imposible al común impulso vital hallar ese impreciso límite donde al terminar el derecho del individuo empieza el de su semejante; y que exista otra salida para tal conflicto que la de obviar el choque de las ambiciones, dentro de términos invariables, desviándolo hacia la conquista de una mayor prosperidad general o la persecusión de un ideal elevado, satisfaciendo a expensas de terceros los apetitos que impulsan al hombre a transgredir la esfera de su jurisdicción o de su derecho o haciéndoselos olvidar en el cumplimiento de una alta misión espiritual.

La Historia muestra la existencia de la legalidad duradera sólo en pocas comunidades, que realizaron grandes empresas colectivas, y, por el contrario, anarquía y desorden en la restante mayoría de los países que no dejaron huella imperecedera en la memoria de los hombres. Y en todos esos casos se ve con meridiana claridad que la convivencia regida por una ley cuya evolución es regular —hasta donde lo permite la naturaleza— no de-

pendió de la forma de gobierno, sino al contrario, de la empresa colectiva. Y que al interrumpirse o fracasar ésta, aquélla se alteró irremediablemente.

Capítulo VII: *Ilustraciones históricas de las épocas de engrandecimiento*

1. El caso español

Si no basta imitar leyes ajenas para establecer en el propio país una legislación duradera, y, en el mejor caso —el de un bien elegido modelo—, hay que agregar la capacidad de adaptación, a lo largo del tiempo, tampoco la tarea de conducir a una comunidad compete exclusivamente a los genios individuales. Las naciones se manejan por sistemas colectivos, organizados al cabo de repetidas experiencias afortunadas, que se acumulan de generación en generación, como una capitalización de aciertos y un descarte de fracasos. Mejor que cualquiera disquisición teórica, lo mostrará el examen algo más detenido que los esbozados hasta ahora en este ensayo, limitado a los ejemplos típicos, al alcance de todo lector culto del mundo occidental.

Ninguno más ilustrativo que el español. Su antigua monarquía de carácter paternalista se fue modelando, hasta alcanzar una relativa perfección, a la vez que dirigía en sucesivas etapas la gigantesca tarea de liberar el suelo patrio de la dominación extranjera, descubrir, conquistar y evangelizar un mundo nuevo y defender la unidad espiritual en el antiguo, para desquiciarse paulatinamente hasta desaparecer en evolución paralela con el fracaso parcial de su última empresa y el final abandono de todo impulso similar. Los siglos en que el régimen tuvo más fijeza, estabilidad y reverencia, coincidieron exactamente con el período en que se desarrollaba la conquista, explotación y evangelización de América, o sea cuando España logró su éxito más cabal y se hallaba en el apogeo de sus fuerzas nacionales. Y, a la inversa,

note

la alteración empezó junto con el fracaso más importante antes señalado; primero de modo casi imperceptible, luego apareciendo evidente a los observadores, hasta llegar a violentas oscilaciones de uno a otro extremo de las formas constitucionales, con la única limitación del estilo a la moda en cada período histórico.

Después de alcanzada la unidad nacional española entre fines del siglo XV y principios del XVI, la monarquía de los Austrias define con sus aciertos, prevaleciendo sobre los errores de los restantes estamentos sociales, su tipo absolutista, para orientar una política ecuménica que sacrificaría intereses del Estado peninsular a la defensa de valores universales, sin llegar al autocratismo total. El contralor de la filosofía más esclarecida, de antiguas tradiciones y de cortes representativas, no faltó jamás en España, pese al debilitamiento sufrido por esos factores, alternativa o conjuntamente a lo largo de las edades. Pero aquel tipo quedó casi invariable mientras fue describiendo en la historia del mundo su epopeya, hoy aquilatada en su justo valor como una de las más esclarecidas que llevaran a cabo las naciones civilizadas. Al experimentar su fracaso parcial más notable en la lucha por la unidad espiritual, deja al régimen en pésimas condiciones, cuando el fin de la dinastía, por impotencia genésica de su último representante, expuso el imperio creado bajo su dirección a todos los peligros de una transición política en medio de la mayor amenaza exterior, que se volvía contra el país como reflujo de la marea que había sido su intento de unir a Europa en una sola fe.

Que la regularidad institucional de la monarquía se normalizara en cuanto quedó superada la crisis dinástica, con el entronizamiento de los Borbones a principios del siglo XVIII, no significa que el régimen no hubiese sufrido una alteración sustancial. Los tres lustros de la guerra de sucesión resquebrajaron el Estado español, dejándolo a merced de los enemigos ingleses en ultramar y de los auxiliares y amigos franceses en el viejo continente, empezando entonces la decadencia ininterrumpida, que tardaría poco menos de doscientos años en hacerle perder hasta el último vestigio del imperio, a través de vicisitudes internas de movimientos uniformemente ace-

lerados. Cierto, entre la primera gran crisis, del setecientos, y la segunda, del ochocientos, la monarquía recuperó su estabilidad y en cierto momento pareció fortalecerse bajo el reinado de Carlos III. Pero no por ello dejaron de crecer los males secretos que la llevaban a su ruina junto con la decadencia de la nación. Un prestigio varias veces secular tarda en desaparecer; y da margen a la comisión de muchos errores, antes que su repercusión sea inmediatamente catastrófica. No es menos cierto que el cambio trascendental introducido en el Estado por el primer fracaso de la empresa política nacional haría desarrollar en menos de un siglo todos los gérmenes del mal que precipitó la nación al abismo. Los Borbones legalizaron la incomprensión del pueblo español hacia las necesidades del imperialismo, que los Austrias no habían sabido corregir, pero que en la época de éstos no era tan desastroso. La tendencia de los peninsulares al consumo en vez de la producción y la exportación, cuya nocividad no era tan evidente mientras el oro de América afluía a raudales a la tesorería metropolitana en los períodos iniciales de la conquista, sería fomentada por la nueva dinastía con su típica reforma de orientar hacia la agricultura un país rico en minerales que a la vez era metrópoli de un imperio con enormes posibilidades mercantiles. Las consecuencias debían ser catastróficas. Estos errores, sumados a la equivocación consistente en sustituir la empresa espiritual en Europa por un mero afán de preponderancia dinástica, acarrearon la decadencia de la nación, comprometiendo irreparablemente la salud del Estado. Al cumplirse la última de las tres etapas (pérdida de la influencia en Alemania, retirada de Italia, emancipación de América) el régimen se desequilibró para no regularizarse ya más. Y desde entonces, dando tumbos de una guerra civil en otra, la monarquía osciló perpetuamente entre el cuartelazo y el parlamentarismo fraudulento, juguete de las facciones internas y de las intromisiones extranjeras, hasta tener que compartir las simpatías de la nación anarquizada, con la república, al parecer menos viable que ella.

2. El caso francés

Pese a las oposiciones de fondo entre uno y otro caso, el de la monarquía francesa sirve como el de la española para demostrar la verdad de nuestra tesis sobre los términos en que forma de gobierno y realidad política se relacionan. Su tipo absolutista, mantenido con fijeza al parecer invariable entre el advenimiento de Luis XIV y la caída de Luis XVI, o sea por espacio de casi dos siglos, duró lo que el apogeo de la nación francesa. Antes y después de ese período, hay evolución progresiva o regresiva, pero no un régimen constitucional estable y perfectamente definible: en las etapas de la ascensión, por lo confuso del proceso inicial; y en el de la decadencia, por las violentas oscilaciones de la política entre las formas de la vieja reyecía derrocada a poco de experimentar sus mayores fracasos y de la república surgida como reacción en contra de aquélla. Cierto, el rey de Francia, desde sus orígenes hasta la revolución de 1789, era una constitución por sí solo, reverenciado por la herencia del prestigio que su casa había acumulado a fuerza de ininterrumpido servicio público en beneficio de la nación, en gran parte obra de ese esfuerzo, gracias a un saldo de aciertos muy superior a todos los errores enrostrables a sus representantes sucesivos. Pero no es menos cierto que el orden constitucional de la monarquía no fue ni podía ser exactamente igual mientras la nacionalidad misma estaba en formación y cuando ella quedó formada. La lentitud y complejidad del proceso por el cual la reyecía fue unificando paulatinamente el país, absorbiendo las soberanías de los señores feudales establecidos en la región, hasta hacer coincidir un sistema geográfico con un solo Estado, impusieron a la casa unificadora limitaciones incontables. Y durante esas centurias iniciales, si el rey podía ser absoluto en sus Estados hereditarios no lo era de ningún modo en los recién incorporados a su dominio eminente. Todavía la tarea de acabar con las pretensiones soberanas de los príncipes cuyas dinastías gobernaron algunos de esos Estados que habían sido independientes requirió el esfuerzo de varios reyes, antes que la monarquía pudiese asumir el tipo centralizado y absolutista, que

Note

tuvo bajo el Rey Sol y que Bossuet teorizó, para ser más tarde paradigma de una forma de gobierno. Y si el resultado del milenario proceso fue la primacía del monarca sobre los demás estamentos sociales que participan en el hecho político, ello no se debió sin duda a la deliberada voluntad colectiva de afirmar legalmente la preponderancia regia por sí misma, sino a que la casa de Francia comprendió mejor que nadie en el país la empresa de unificarlo y engrandecerlo y trabajó mejor que nadie por llevarla a cabo, distribuyéndose naturalmente los poderes en la organización definitiva de la gran nación por el modo cómo habían cooperado los diversos factores en acción. A su vez, el régimen así surgido de la entraña histórica conservó casi inalterables las características de la etapa final en que la monarquía afirmó su preponderancia sin contrapeso en el país, cuya unidad había procurado con voluntad esclarecida, todo el tiempo que supo dirigir hacia el exterior con pareja felicidad la enorme fuerza nacional que su éxito interior le había dado. Así vemos cómo la típica monarquía del absolutismo anterior a la revolución de 1789 se confunde en su duración con el período de la primacía francesa en el mundo. Por el contrario, desde que empezó la decadencia, a mediados del siglo XVIII, al decidirse el fracaso de la empresa nacional en ultramar, con la pérdida de la India y el Canadá, hasta llegar al desastre de 1942, que la nación francesa no conociera en toda su historia, de ser totalmente ocupada por el extranjero, el régimen monárquico cuyo prestigio milenario parecía inconmovible, se viene abajo y las oscilaciones políticas no cesan sino temporariamente.

3. El caso inglés

Igualmente demostrativo es el caso inglés; aunque por razones diferentes. La insularidad que dio a Gran Bretaña hasta hace poco el principal factor de su grandeza no bastó por sí sola para asentar en sólida base la constitución política. La corrección del príncipe de Ligne a Voltaire, cuando éste le ponderaba las bellezas de la organización británica: *"Agregadles el mar, sin el cual*

no se mantendrían un solo día", no es más que un dicho afortunado. Después de alcanzada su unidad, las luchas intestinas siguieron desgarrando a las islas, no obstante hallarse bajo la misma jurisdicción, y pese a dicha condición geográfica. Ésta resultó factor de estabilidad interna mucho después, y, subsidiariamente, de ser principalísimo elemento de fuerza hacia el exterior.

Mientras los ingleses en conjunto, como un todo coherente de sus diversos elementos sociales, no hallaron el secreto del éxito imperialista, sus rencillas entre las clases y entre las regiones no cesaron ni su organización alcanzó aquel grado de regularidad en la evolución que los convirtió en el parangón del gobierno perfecto. Vigor nacional mostraron los insulares en todo tiempo; pero esa fuerza, que se orientó mal, o no tenía hacia dónde orientarse bien, se malgastó durante siglos como la de las naciones rivales carentes de la enorme ventaja de la insularidad. En consecuencia, los responsables de la conducción nacional, que eran entonces sus monarcas, no pudieron establecer sobre los otros elementos sociales una primacía indiscutida, ni recibir de ellos el asentimiento sin el cual no se puede establecer una legalidad duradera. Cierto, la fuerza expansiva de la colectividad insular no esperó hasta la época de la aristocracia protestante y comercial —que dijo Belloc— para manifestarse. Pero mientras estuvo empeñada directamente y a fondo en las guerras continentales europeas, desde la tentativa sugerida a los Plantagenets por la ambición dinástica, de reunir bajo un solo Estado anglonormando las coronas de Francia e Inglaterra, hasta las campañas de Malbourough bajo los últimos Estuardos, gastóse durante cuatro centurias, insumiendo ingentes recursos, sin que la gloria militar diese a ninguna de las sucesivas dinastías la capacidad de superar toda rivalidad interna y de fundar un régimen de estabilidad inconmovible. Fue únicamente cuando la aristocracia halló el método de suscitar las luchas en Europa y de mantenerlas indefinida e indirectamente por medio de subsidios financieros a los pequeños países satélites, cuyos ejércitos coaligados debían tener en jaque a la potencia continental preponderante de turno, con el fin de aplicar los mayores recursos materiales e intelectuales de Gran Bretaña a fun-

dar un imperio territorial y comercial en ultramar, que la regularidad en la evolución hizo del régimen inglés, bajo la monarquía constitucional, el modelo de las organizaciones políticas.

Descartando la explicación del nexo entre legalidad duradera y sostenido éxito colectivo, ¿cómo se podría dar razón del contraste entre las dramáticas vicisitudes de la historia insular en la época de la monarquía absoluta y el orden regular del gobierno aristocrático ejercido bajo la máscara de un rey que reina pero no gobierna? ¿Por el mero establecimiento en 1688 de un régimen constitucional? Pero entonces, ¿cómo se explicarían los casos inversos de España y Francia, donde el absolutismo fue sinónimo de paz interna y grandeza exterior, mientras el constitucionalismo lo fue de inestabilidad y decadencia?

Tan es la preponderancia mundial británica obra de aquella aristocracia, que la única dependencia colonial importante heredada por el nuevo régimen del antiguo —los primitivos establecimientos coloniales en la costa oriental de la América del Norte— se independizaron durante el reinado de Jorge III, el único príncipe de la casa de Hanover que trató de no hacer el papel de títere que los nobles insulares le asignaron a su dinastía, al importarla en los comienzos del siglo XVIII; debiéndose en gran parte la pérdida al descuido de la política exterior por la camarilla cortesana, empeñada en un intento de revisión constitucional.

La edad de oro de la constitución británica, los dos siglos y medio que van desde la revolución contra Jacobo II en 1688 hasta nuestros días, durante los cuales el país no sufrió cambio alguno que no fuera evolutivo en lugar de revolucionario, ni conmoción violenta prolongada que alterase gravemente el ritmo de su paz interior, ni choque de ambiciones que a la larga no se arreglase por una transacción, dicho período coincide exactamente con la empresa colectiva que les dio a los británicos el dominio directo de la cuarta parte del globo y el indirecto sobre más de la mitad. Y no es probable que tal regularidad se altere de modo fundamental hasta que el fracaso de la empresa, iniciado en este siglo, no se vuelva más patente en el curso de un proceso que se

inició a nuestra vista, pero que nuestros ojos no alcanzarán a ver concluido.

No faltaron aun en ese período dichoso crisis de las que afligen a los países mejor organizados y más civilizados. Como la de 1784, en que el régimen constitucional fue puesto en peligro por la reacción absolutista de Jorge III; o la de 1832, en que una revolución violenta fue evitada por la reforma electoral que corrigió en parte el deficiente sistema de los burgos podridos, extendiendo el derecho de sufragio a sectores de contribuyentes modestos no tenidos en cuenta por el interés aristocrático antes prevalente. A guisa de confirmación de la tesis sostenida en este capítulo, debe señalarse que la primera, que fue la más grave, decidió la orientación del sistema de política nacional en un sentido que no resultó tan favorable para el destino nacional, con el triunfo de Pitt el joven, como lo habría sido bajo la dirección del vencido Fox.

Imposible abandonar el examen del caso inglés porque se trata del más demostrativo —en cuanto a la forma en que se constituye un sistema de política nacional por la acumulación de aciertos a lo largo de las sucesivas generaciones—, que pone al alcance de todos los dirigentes un método comprobado de conducción nacional, sin que la aparición del genio sea indispensable a la buena marcha de los negocios públicos, aun cuando los mediocres queden con la responsabilidad de dirigirlos.

Durante la época en que la aristocracia inglesa se sobrepuso a la monarquía, entre fines del siglo XVII y principios del XVIII, derrocando a los Estuardos y entronizando a los Hanover —hoy Windsor—, a la vez que establecía su régimen interior daba nuevo y eficacísimo impulso al movimiento de expansión exterior, que se había desarrollado pujante bajo las antiguas dinastías pero que no había aún hallado su fórmula perfecta. Ésta consistió según ya vimos por un lado en orientar la aplicación de la fuerza naval y militar del país hacia ultramar, en vez de empeñarla primordialmente en las guerras europeas al estilo de los Plantagenets y los Tudores, y por otro en aferrar el gran ejército de la potencia continental preponderante de turno —papel que antes hacían contingentes ingleses— con los pequeños ejércitos de Es-

tados secundarios coaligados por la diplomacia y el oro británicos, para quedar en libertad de operar sin riesgo mayor contra las dependencias coloniales de aquella gran potencia europea jaqueada en su territorio metropolitano por la coalición dirigida desde Londres.

Como todo sistema de política tradicional seguido por las naciones rectoras de la humanidad, éste no salió de golpe, armado de pies a cabeza, de un cerebro político individual privilegiado. Fue resultado de la experiencia histórica y la imaginación de lo hacedero que mostró la aristocracia británica del siglo XVIII, nueva clase, mezcla de nobleza feudal hereditaria, burguesía alta y media con tradiciones en la administración, el comercio y la navegación de altura, e hijos de sus obras que en todo tiempo iban accediendo a la dirección del país, todo eso macerado en el mortero de las luchas religiosas y constitucionales de ciento cincuenta años. Hombres divididos en banderías de política interior, sobre el cuanto de más o de menos autoridad o libertad indispensable al gobierno, estaban sin excepción animados de una común ambición de engrandecimiento nacional. Imposible atribuir a uno solo de esos hombres el perfeccionamiento del método heredado. Ninguna de las dos figuras principales de la época inicial, Walpole y Pitt el viejo (futuro Lord Chatham), parece haber tenido plena conciencia, a no ser *a posteriori* y como observadores del resultado que dieran sus respectivas acciones.

Walpole, después de mostrarse furioso belicista en la oposición, encarnizado censor de los tratados de Utrecht y partidario de la guerra a ultranza contra Luis XIV y Felipe V, llegado al gobierno volvióse pacifista, aplicando sistemáticamente el plan de sustituir en Europa la diplomacia a las armas. Negociaba con todas las potencias su neutralidad, a cambio de franquicias comerciales en ultramar. Aleccionado por el ejercicio del poder, basó su política en el acuerdo con Francia —a la que antes consideraba enemigo número uno de su país—, y siguiendo la tradición de Wolsey con Sully y de Cromwell con Mazarino, la continuó con Fleury. Pero como lo dice Morley, el primer ministro británico tal vez lo ignoraba, ni le importaba. Y aunque era más sistemático para mantener la paz, parece haber hallado por azar el método,

frente a las guerras que no podía evitar, de quedar libre de compromisos el mayor tiempo posible, para entrar al final de la contienda y decidirla, cosechando sus mejores frutos.

Pitt el viejo, después de criticar las alianzas con los príncipes alemanes, anteriores a la guerra de los Siete Años, organizadas por su predecesor Enrique Fox (Lord Holland), las observó religiosamente. Pero al desenvolverse en el marco diplomático que había censurado, introdujo en el planteo ajeno un cambio sustancial, que enriqueció de modo extraordinario el sistema de política nacional con su propio aporte. Si de algún gran estadista británico se puede afirmar que su contribución fue la mayor a la grandeza de su país, sin duda es de Pitt el viejo. Su flexibilidad para despojarse del hábito opositor y adaptarse a las exigencias del gobierno, su conocimiento de los hombres para emplear a los mejores, su genio estratégico, su garra para la lucha, eran incomparables. De su paso por la jefatura del ministerio, se puede decir que fue el primer ministro que hizo más en menos tiempo. Al revés de lo que querían sus colegas, él aplicó los mayores recursos nacionales a la guerra en ultramar, contentándose con tener aferrados en Europa a Francia y sus aliados, menos con la mira de obtener victorias militares en el Viejo Mundo que de conquistar colonias en el Nuevo. Y al cabo de la contienda sintetizó el significado de la lucha por él dirigida, en este dicho: *"El Canadá y la India se conquistaron en Alemania"*. Fórmula original adelantada varios años atrás por otro estadista británico como programa, y que Chatham deducía de sus propios hechos. Más que hallazgo del genio, la frase era el fruto de una experiencia.

Tras la interrupción de las dos décadas en que Jorge III supeditó la política exterior a su intento de restaurar la prerrogativa –fracasando adentro y afuera con la caída de su instrumento ciego, Lord North, y la pérdida de Nueva Inglaterra–, la aristocracia británica recuperó el absoluto control de los intereses nacionales, para seguir manejándolos con afortunada mezcla de tradicionalismo y reformismo.

Amenazada la estabilidad del monarca en el trono por la crisis americana, el dirigente que más contribuyó

a salvarla, Pitt el joven, hijo del genial Chatham, si bien detuvo el proceso de adelanto interno, dio al sistema de política nacional, tal como había de quedar fijado en sus rasgos definitivos, una expresión incomparable, teniendo razón incluso contra sí mismo. Todos sus discursos probaban que las guerras revolucionarias y napoleónicas, pese a las apariencias, dejando a Inglaterra con las manos libres en ultramar, le ofrecían una ocasión de engrandecerse que ningún contraste en el Continente podía disminuir. Lo que no quitó para que muriese creyéndose derrotado en Ulma y Austerlitz, después de Trafalgar, que aseguraba la victoria póstuma de su política. Nada decimos de las sombras que contrastan con aquellas luces de su acción, pues quedan para el lugar en que analizaremos los finales de régimen que hasta ahora sólo vimos en sus momentos de apogeo.

Las mayores pruebas de flexibilidad y frescura de imaginación dadas por la clase dirigente británica de la época fueron el traslado del centro de gravedad de los intereses imperiales, de América a la India, a raíz de la independencia norteamericana; y su maravilloso doble juego ante la revolución de la independencia hispanoamericana, de aliento moral sin ayuda material, de fino equilibrio para debilitar a España sin permitir la formación de grandes potencias en los nuevos Estados, juego tan opuesto al de la coalición franco-holando-hispana que ayudó decisivamente a los yanquis a independizarse sin calcular las consecuencias ulteriores de semejante intervención.

En el siglo XIX, el sistema, definitivamente perfeccionado, funcionó con admirable regularidad. La solidaria consecuencia entre los sucesivos ocupantes de la jefatura ministerial –pese a las divergencias de criterio sostenidas por unos u otros en la oposición– fue tan completa como inalterable: Peel critica la guerra del opio contra China iniciada por Palmerston durante la administración de Melbourne, para acabarla exitosamente por la extorsiva convención de 1842; Gladstone se opone a la ocupación de Egipto planteada por Disraeli al comprar las acciones del Khedive en la Compañía del Canal de Suez, para hacerla irrevocable empeñando al imperio en la guerra del Sudán; Salisbury escribe en su juventud

un furibundo libelo contra la abusiva política de Lord Juan Russell con Brasil y Japón, para repetirla en su ancianidad florida contra Venezuela. Y así de los demás.

Sobre el modelo dejado por Palmerston a mediados del siglo XIX, cuando paseó la escuadra del Mediterráneo, intimidando a turcos, griegos, sicilianos y portugueses para arrancarles concesiones comerciales o indemnizaciones por agravios supuestos, los dirigentes del imperio fijaron el sistema de la estrategia nacional definitiva: el de la *fleet in being*, triunfante con sólo mostrarse y sin combatir, instrumento de intimidación contra los pequeños, o de asfixia para la potencia europea preponderante de turno, abrumada por una coalición dirigida desde Londres, o de control para los propios aliados.

El sistema político y militar, regularizado como una máquina y aplicado como infalible por todos los gobernantes, aun por aquellos que lo habían censurado antes de llegar al gobierno, recibió el aporte providencial de un factor que multiplicó incalculablemente su mérito original: la evolución industrial a base de dos minerales que en las islas británicas abundaban más que en ningún otro lugar, próximos a los mercados de producción y consumo. Y el resultado de tan afortunada conjunción de fuerzas morales y materiales fue la creación de un grandioso imperio territorial que cubrió dos tercios de la superficie del globo y una preponderancia mundial sin parangón hasta ahora, que la convertía en beneficiaria del mundo entero.

4. El caso norteamericano

Más sujeto a controversia, el sistema nacional de política norteamericana —puesto que aún no ha cumplido su parábola y los hechos que componen la materia no fueron sedimentados en gran parte por la Historia, como en los casos anteriores— es aún más ilustrativo, desde que está en pleno funcionamiento y no se necesita especial competencia en las disciplinas que estudian el pasado para hacerse una idea aproximada acerca de su operación: sus detalles se ofrecen al alcance del lector de diarios. Recuérdense los más célebres tratados de la ciencia; y

se verá que, desde Aristóteles a Rousseau, los ejemplos tomados de la antigüedad o un pasado remoto o reciente apenas son más abundantes que los contemporáneos, pudiéndose sostener que es el anhelo de aclarar su enmarañada trama lo que impulsa a los pensadores a dejar las alturas de la especulación para descender al llano de la empiria.

Cuando se habla de Norteamérica, sea el comentarista un simpatizante o un impugnador, rara vez se deja de atribuir su marcha —se la juzgue buena o mala— a la ingenuidad, a la inexperiencia, a la versatilidad de la inmadurez, a un andar a tientas como el de los novicios o los ciegos. El extremo de esta tesis es que los yanquis son llevados por los ingleses de la nariz, como un toro manso por su cabañero. No se puede negar que algunas apariencias abonan la verdad de esa afirmación. Es un lugar común de la discusión política contemporánea la de que los Estados Unidos fueron arrastrados a la primera conflagración mundial del siglo XX por influencia preponderante de la finanza internacional, principalmente británica. No es preciso tomar posición cuanto al fondo del asunto para reconocer la fuerza de los argumentos esgrimidos en su apoyo, por ejemplo los del profesor Tansil en su libro sobre LA ENTRADA DE NORTEAMÉRICA EN LA GUERRA, o las declaraciones de algunos testigos en la investigación parlamentaria promovida por el legislador Nye. Por otro lado, las fluctuaciones de la diplomacia norteamericana en nuestro tiempo fueron evidentes, y persuaden que la línea de la política internacional de la gran república es zigzagueante y aparentemente debida a la juventud de su Estado nacional y a la inexperiencia de sus dirigentes.

Pero, ¿no se podrían formular cargos similares a las potencias mejor dirigidas? Recuérdense las fluctuaciones de la política británica en lo que va del siglo. La formación de la triple entente para frenar la expansión alemana, su guerra a vida o muerte con el imperio de Guillermo II; y su apoyo a la República de Weimar a poco de terminada la lucha. Sus coqueteos con la Alemania nazi cuando firmó el pacto naval anglo-germano de 1935, y la subsiguiente guerra de exterminio contra ella. Su alianza con Francia entre 1905 y 1918, y la mala volun-

tad que le mostró al verla ambicionar de 1919 en adelante el primer rango en Europa. Su intervención en Rusia contra la revolución comunista, y su posterior alianza con Stalin. Su auspicio a los comienzos de la dictadura mussoliniana, y su sancionismo contra la guerra de Abisinia. Las de la política francesa no son menos evidentes. De la intervención en el Rhur al pacto de Locarno, de Poincaré a Briand; y luego, del pacifismo de Briand al belicismo de Blum y sus diversos sucesores, las idas y venidas fueron bastante repentinas, aunque, como en el último caso, las fuerzas políticas que inspiraban o respaldaban acciones tan contradictorias fuesen las mismas. De Alemania, de Rusia y de Italia se podría decir algo parecido. La primera basó su política de posguerra, desde 1919, en el acuerdo con la segunda, para cambiarla al advenimiento de Hitler, quien sin embargo la retomó al firmar su pacto con Stalin, para luego atacar a éste en 1941. En cuanto a Mussolini, es famosa su repentina voltereta de 1934 —año en que evitó con amenaza de la fuerza la reincorporación de Austria en Alemania— a 1937, en que se lo consintió a su ya casi aliado Hitler.

Los admiradores de las cancillerías europeas no dejarán de explicar sus fluctuaciones por las causas circunstanciales que las determinaron. Y no es difícil aceptarlas. ¿Por qué no hacer lo mismo con las norteamericanas? El esfuerzo de imparcialidad que hagamos nos ayudará a calar más hondo en lo que se puede llamar continuidad diplomática de las naciones. ¿En qué sentido se puede sostener que unas la tienen y otras no? De hecho, tal cualidad está repartida en proporción desigual entre unas y otras. En cierto modo, las que saben mantenerla en línea general, y en recto sentido, se engrandecen; las que carecen de ella, pueden sucumbir. Pero una continuidad en dirección equivocada equivale a la obcecación en el error y puede incluso perder a una gran potencia.

La continuidad diplomática no puede en efecto entenderse sino en el sentido de que las naciones destinadas a la grandeza siguen métodos como los que hemos descrito en capítulos anteriores, formados por la acumulación de aciertos, a lo largo de las edades, con el aporte de las sucesivas generaciones, hasta configurar un siste-

ma de política nacional, que en el período del apogeo se identifica con una forma de gobierno al parecer perfecta. Métodos que, como aplicados a manejar lo contingente, jamás pueden ser rígidos, sino en extremo ágiles y flexibles, para desposarse con las líneas de una realidad que varía de modo casi imprevisible a medida que avanza en su curso. Por el ancho camino real a la antigua, la huella trillada sigue una línea zigzagueante de curvas suaves o violentas a izquierda y derecha, y baches superficiales o profundos, según los accidentes del terreno. Pero el rumbo entre sus anchos límites es siempre el mismo, hasta la meta final. Hasta en la cinta pavimentada de las autopistas contemporáneas el conductor de auto hállase ante irregularidades del camino —depresiones del piso, juntas del cemento, alcantarillas a guisa de lomo de burro— que le exigen una atención constante en la marcha, como las rutas de tierra al jinete o al carrero antiguo. Como ellos, el estadista lleva determinado rumbo, pero debe variar la dirección imperceptible o violentamente, según los accidentes del terreno, las vueltas y revueltas del camino.

Contra toda apariencia, la continuidad diplomática norteamericana es tan inequívoca como la de todas las naciones que preponderaron en el mundo. Si hay país que se guiara por un plan, éste es los Estados Unidos. Desde que lord Chatham ganó la guerra de los Siete Años en 1760, para abrir la frontera oeste a la expansión británica en Norteamérica, hasta que el primer Roosevelt reconoció la independencia de Panamá, los criollos anglosajones que luego habían de constituir la república de los Estados Unidos, siguieron el mismo rumbo, pero no en línea recta. Cambiando sus alianzas con admirable flexibilidad, según lo indicaran sus intereses permanentes, fueron amigos o enemigos de ingleses, franceses y españoles, en la medida que éstos o aquéllos favorecían o estorbaban sus planes. Reconciliados con la madre patria en cuanto acabó la guerra de la independencia, volvieron a guerrear con ella en 1812, durante las contiendas napoleónicas en Europa, por afirmar su soberanía contra los abusos del poder inglés en el mar. Agradecidos a Francia por la ayuda que les dio para emanciparse —sin la cual habrían tardado más que nosotros en inten-

tarlo—, Jefferson la había amenazado con la alianza anglo-americana poco antes: *"El día en que Francia tome posesión de Nueva Orleáns será el de la unión de dos naciones que juntas pueden sostenerse como dueñas exclusivas del Océano. Aquel día efectuaremos nuestra unión indisoluble con la nación inglesa y con su escuadra"*. Iguales altibajos tuvieron con los españoles, cuyas colonias codiciaron desde el primer día, con un afán de que puede dar idea este detalle: que la conquista de Cuba fue planeada en 1802 por el mismo Jefferson tan amante del género humano, como ideólogo francófilo, dispuesto a pelear con los franceses por una ciudad que éstos habían fundado. El acecho contra los españoles no cesó un momento, aunque tampoco la amistad, mientras ésta les sirviera para resguardarse de las intervenciones anglo-francesas conjuntas, que a mediados del siglo XIX trataron de evitar la incorporación de Oregón y Tejas a los Estados Unidos. Mientras Cuba no podía ser incorporada a la Unión, la preferían española. Así con la república mejicana, trataron de comprarle las dos Californias hasta que se las quitaron por la guerra de 1847, para luego ayudarla con apoyo moral ostensible y militar clandestino, en tiempos de Juárez, contra la intervención francesa armada de 1865.

Por supuesto que las dudas y vacilaciones no faltaron en el siglo XIX, como las divergencias que desgarraban el país se zanjaron por medio de sangrienta guerra civil, una de las más atroces que afligieran a un país en desarrollo y una de cuyas causas principales fue la oposición de los norteños a nuevas conquistas, por temor a que éstas aumentaran el número de los Estados esclavistas. Pero como lo que se llamó *"destino manifiesto"*, *"la marcha hacia el oeste"*, era de evidencia enceguecedora, ni el triunfo de los norteños llegó a comprometer jamás el ritmo de la expansión.

Las aparentes fluctuaciones en los medios, como las divergencias de opinión acerca de los fines, fueron infinitas a lo largo de casi un siglo, desde el comienzo de la empresa hasta el fin de la guerra civil. Lo que no varió en todo ese tiempo fue el sistema, impuesto por los que prevalecían en la dirección del país, de expandir los límites nacionales, hasta conjugar una jurisdicción

política con medio continente. Ciertamente, el rumbo parecía fijado por la geopolítica, siguiendo el carril trazado por dos océanos. Pero en la práctica, jamás las fuerzas naturales dejadas a sí mismas, se manejan solas, ni hay resultados positivos que se obtengan sin intervención de la voluntad esclarecida.

Capítulo VIII: *De cómo los métodos de política nacional se vuelven rutinas*

1. El método que hizo grande a una nación no tiene la ineluctabilidad de una ley natural

El fin de las empresas colectivas, que marca la alteración del orden regular en las constituciones políticas, merece estudiarse más de cerca en los casos que acabamos de ver —salvo por supuesto en el último—. Ese estudio nos ayudará a esclarecer el problema de la voluntad humana, aplicada al gobierno de la convivencia en sociedad, por la otra punta, o sea la conducta de los jefes de una colectividad que presiden una decadencia, como en capítulos anteriores examinamos la de los creadores de una buena tradición que elevó a este o aquel país a la grandeza. Los regímenes políticos, que figuraron en la historia de la filosofía práctica, brillantes todos en la época de su fundación por el acierto y el heroísmo de sus iniciadores, y tentadores como fáciles de imitar, son susceptibles como el resto de las cosas humanas, de mediocridad en los continuadores, hasta llegar a los parangones de corrupción en sus postreros epígonos.

Del mismo modo que la subida de la cuesta es obra de cooperación entre los estamentos sociales, con superioridad en la comprensión por parte del elemento que dará su carácter definitorio a la constitución, rara vez se produce el descenso sin que la incomprensión sea general, y a veces mayor en el elemento directivo que en el cooperador.

El proceso de la decadencia es más o menos semejante en la mayoría de los casos. Cuando el método empleado por los fundadores de una gran empresa colectiva, garantido por la bondad de sus resultados, sirve durante

varias generaciones para llevar el país adelante con éxito ininterrumpido —pese a los contrastes—, tiende a confundirse con una ley natural y a ser reverenciado como imperecedera y exclusiva obra de Dios. La tendencia del espíritu a descansar en los precedentes, en las ideas recibidas, a disfrutar una herencia en vez de buscar los medios de conservarla y acrecentarla, prevalecen sobre la inquietud de una minoría, que rara vez falta en las grandes potencias para anunciar los desastres previsibles a raíz de esa actitud en la mayoría. La adulación mundial coopera en confundir a los dirigentes de una nación preponderante hasta que llega el momento en que los últimos herederos de una buena tradición olvidan que el método tradicional fue siempre, mientras dio resultados positivos, obra de la voluntad esclarecida, y jamás se aplicó sin tener en cuenta las circunstancias de tiempo y lugar.

Al ser empleado en un mundo radicalmente diverso, lo convierte en una rutina funesta, y en una causa de ruina. El proceder original de los fundadores, seguido con renovada espontaneidad por los continuadores, llega a ser para los epígonos una fórmula inalterable, cuya mera aplicación será de efecto mágico. Y así es cómo los que presiden la decadencia de una nación suelen creerse más cerca de los héroes cuanto más se apartan de su ejemplo; y sinceramente creen servir los intereses nacionales, cuando más evidentemente los traicionan.

A lo que se agrega la natural sustitución de los servidores públicos por los aprovechadores, cuando la empresa nacional bien lograda llega a su apogeo y parece una frondosa planta cuyos frutos jamás faltarán, por más que se la descuide. La parábola de las aristocracias es bien conocida. Fundada sobre la base de servicios efectivos prestados a la comunidad, y el derecho de transmitir por herencia el prestigio y los bienes recibidos como premio justo, no siempre los herederos son dignos del iniciador de un linaje. Y a la vuelta de los siglos los hijos suelen destruir la obra de los padres.

2. La decadencia española

El apogeo del poderío español fue alcanzado por los Austria, en la primera mitad del siglo XVI, con una política mundial que se caracterizó por el cerco a Francia. Dejemos de lado el problema de la valoración moral de ese sistema, opinable al infinito, puesto que españoles como Ramiro de Maeztu admiten que tuvo mucho de censurable, y extranjeros como Pfandl dicen haber sido forzosa respuesta a precedentes agresiones francesas. Atengámonos al hecho escueto. El sistema resultó en gran parte de una combinación de circunstancias fortuitas, que reunieron cuantiosas herencias dinásticas, más el fruto de la inventiva científica madurada por la época, bajo la jurisdicción del príncipe mejor capacitado en ella para poner su compleja fuerza al servicio de una idea universal. Aquel de sus dominios que había de ser el puntal de su política, España, estaba preparada por el logro de la reciente unidad territorial y la expulsión definitiva del invasor infiel, y hasta por secretas aspiraciones de su contextura espiritual, para secundar a Carlos V. Mas lo cierto es que en un principio no lo comprendió. Las primeras Cortes del reinado le recordaron al príncipe, entonces candidato a la corona electiva del Sacro Imperio, disputada con el francés Francisco I, el fracaso de la aventura imperial de Alfonso el Sabio, y le manifestaron francamente sus temores de que la nueva dignidad que el joven monarca ambicionaba costara a España ingentes sacrificios de sangre y dinero por causas extrañas a la nación española, enredando a ésta en el laberinto de las complicaciones alemanas e italianas. Aunque de modo algo paradójico los regentes del Estado, en una ausencia de Carlos, pidiesen a éste muy luego el castigo del hereje Lutero, el pueblo en todos sus estamentos siguió varios años sin comprender bien el nexo de la política mundial en que el monarca se empeñaba con las exigencias más impostergables de la situación en el país y en el mundo. La evolución del provincialismo recalcitrante al internacionalismo de la lucha por la unidad de la Fe y la evangelización del mundo, como objetivo de política colectiva, se hizo paulatinamente, al ir comprendiendo los españoles cada vez mejor el programa de la

monarquía, como el más adecuado, si no a los intereses, por lo menos a la modalidad espiritual de la nación. Poco a poco, las quejas de las Cortes por el despilfarro del tesoro español en las guerras extranjeras van disminuyendo, hasta desaparecer casi del todo; y más tarde el país entero se entusiasmará con el boato y la gloria imperiales y con la grandeza del ideal propuesto al esfuerzo de la raza. Por hondas que fuesen en ésta las tendencias que le permitieron comprender el imperialismo de Carlos, es un hecho histórico que el emperador le dio el sentido cabal a su misión en la historia, siendo precisamente la habilidad suya para llevarlo a cabo lo que le valió a la Corona la primacía sobre los demás estamentos sociales, que invirtió el antiguo equilibrio entre los poderes, transformando una monarquía representativa y limitada en una monarquía absoluta, característica que conservó durante todo el período de la grandeza española. Junto con la idea general que constituía el programa de la política persuadida a la nación por la dinastía extranjera, los peninsulares recibieron como la mejor tradición para el manejo de los intereses colectivos el sistema diplomático y militar fundado por el primero de los Austria. Durante siglo y medio, el cerco a Francia en que aquél consistía tuvo su razón de ser, y mantuvo las energías del Estado español en la tensión necesaria para conservar el statu quo en el que disfrutaba de la preponderancia. Pero al fracasar finalmente en esa lucha —y no debido al planteo diplomático anti-francés sino por sacrificar el poderío naval al esterilizador régimen del monopolio sevillano, incomprensión en la que apenas hubo estamento que no tuviera culpa—, el sistema se siguió aplicando cuando ya no tenía objeto. Y lo que al perder la preponderancia mundial pudo salvarse por un cambio radical en la orientación general del Estado, se perdió al insistirse en el empleo de una fórmula vacía que había sido un método, cuando sólo era una muerta rutina. Desde la paz de Westfalia hasta la paz de Utrecht, aunque relegada a segundo orden, España era aún gran potencia. Tenía el mayor imperio colonial. Dando espaldas a Europa que la derrotara, para su mal, con dudosas alianzas heréticas, en la lucha por la unidad religiosa, pudo haber recobrado sus fuerzas si orientaba su política al fomento de la ma-

nufactura, la explotación intensiva de sus dependencias coloniales y el desarrollo del poder naval indispensable al intercambio imperial. Al contrario, siguió las viejas directivas económicas, militares y diplomáticas de un sistema fracasado, cuando ya había perdido la mayor parte de los Países Bajos y sido eliminada de Alemania, dos piezas capitales del cerco a Francia; cuando el interés por Italia, empalme de las comunicaciones con Europa Central, no tenía ya razón de ser. Y los Borbones establecidos en España a principios del siglo XVIII siguieron maniobrando en la península italiana con el mismo afán que los Austria, con la diferencia de que éstos lo debían hacer para conservar el contacto de sus dominios dispersos en los cuatro puntos cardinales de Europa, para suplir la superioridad naval que no tenían sino en el Mediterráneo y sólo por temporadas, mientras aquéllos lo siguieron haciendo para establecer infantes segundones en estadillos de opereta. Así sacrificaron Fernando VI y Carlos IV intereses de Buenos Aires y Méjico, los Estados regionales que cuidaban los dos flancos del imperio americano, cediendo en la Banda Oriental a los portugueses y en la Luisiana a los franceses por miserables compensaciones dinásticas en Italia, obtenidas con ayuda diplomática de Francia, o de Inglaterra, valedora de Portugal. Y el proceso de la decadencia se volvió irremediable debido a la prolongada obcecación en tan insensato error, completando la ruina el vasallaje en que su agotamiento colocó al Estado español respecto de las grandes potencias, que en el siglo XIX la hicieron campo de batalla internacional o de guerra civil.

3. La decadencia francesa

Francia repitió el mismo error, aunque su sistema operase precisamente en sentido opuesto al español. Es sabido que el apogeo de la preponderancia francesa resultó de la lucha contra los Austria, por romper aquel cerco diplomático y militar que repetidas veces estuvo a punto de ahogar a la nación gala en mortal abrazo. Desde que allá a principios del siglo XVI el primero de los Austria organizó con Alemania, España, Inglaterra y el Papado

dos formidables coaliciones para destruir al príncipe que le disputó la corona imperial, y en la segunda de las dos ocasiones, para repartirse su reino, hasta la derrota de España a mediados del XVII, la rivalidad entre ambos Estados fue incesante, encarnándose por uno y otro lado en Carlos V y Francisco I, en Felipe II y Enrique II, en Luis XIII y Felipe IV. Durante la mayor parte del prolongado conflicto, los españoles llevaron una ventaja que siempre se afirmó, en las treguas, pese a las vicisitudes de la lucha; y en ese período fue que la monarquía ibérica aumentaba sus prerrogativas y fijaba su tipo histórico a la vez que engrandecía el imperio. Pero al exigir de su rival el empleo de las últimas energías, le hizo hallar un método que en el estado del mundo agitado por la reforma y las guerras religiosas sería de fácil aplicación: el de regular su política por su interés particular exclusivo sin mirar con quien se aliaba, con tal de amotinar a Europa y Asia contra los Austria. Iniciado por Francisco I en la alianza con los turcos, seguido por Enrique II en la alianza con los protestantes ingleses y holandeses, fue llevado bajo Luis XIII al extremo por Richelieu en su alianza con los protestantes suecos, cuando el afán de abatir a España lo impulsó a abrirle las puertas de Europa a Gustavo Adolfo, la máxima figura militar que hubiesen tenido los heterodoxos al servicio de su causa, durante una época en que ninguna potencia católica, ni la Francia que lo llamó en su auxilio, tenía con qué limitar sus progresos y su ambición de conquista. El lance de guerra que le quitó la vida al caudillo protestante en el curso de su último triunfo salvó fortuitamente a Francia de su peligroso auxiliar, y pudo persuadir al pueblo francés que el método tradicional de sus dirigentes era tan bueno que merecía los favores de la Providencia. La única clase que así no lo creyó —y que sinceramente por motivos religiosos o pretextándolos para cohonestar la defensa de sus privilegios se alió con el extranjero enemigo—, la nobleza, fue sometida a la obediencia y despojada de todo influjo decisivo en el Estado, quedando la monarquía sin rival que en el orden interno fuese capaz de contrapesar su autoridad, ya que ante las masas populares su prestigio indiscutido era inmemorial. En la última etapa de la lucha, la regente

Ana de Austria y Mazarino llevaron de frente la guerra civil y la guerra extranjera con tal felicidad que al mismo tiempo impusieron el absolutismo en el interior y la paz en el exterior.

Abusando de la victoria, los diplomáticos franceses plantearon en el tratado de los Pirineos las bases de la política que, gracias a la impotencia de Carlos II el Hechizado, le permitió a Luis XIV 40 años más tarde sentar a uno de sus nietos en el trono de España. Abuso que se salía de la buena tradición aconsejada por Richelieu, de atenerse al exclusivo interés francés, cuidar y buscar fronteras seguras, naturales o no, pero bastantes a defender la capital o la secular unidad nacional y no permitir en la vecindad la formación de Estados poderosos, sin excederse en la expansión continental. Sin embargo, no era aún la peor consecuencia de aquel error. A ella llegaron los Borbones de Francia en el reinado siguiente, bajo Luis XV, cuando su país era la potencia preponderante en el Continente y sus tradicionales enemigos estaban reducidos al feudo hereditario de Austria y a unos cuantos estadillos de Italia y la Europa central, que eran la sombra del antiguo imperio austro-español. El viejo Rey Sol, antes de morir, había dejado a su bisnieto instrucciones precisas acerca del cambio necesario, indispensable, en el sistema de las alianzas nacionales; de cesar la lucha contra los Austria, para en cambio vigilar los progresos del Estado, cualquiera que fuese, capaz de amenazar "las libertades del cuerpo germánico". Pero el niño de 5 años que le sucedió no estaba en edad de comprender su consejo y el regente, al igual que sus ministros, resultaron anquilosados para suplir, en nuevas circunstancias, al nuevo rey durante su minoridad. La guerra contra el viejo enemigo hízose dos veces, en 1718 y 1741, durante la regencia y los primeros años de la mayoría de Luis XV con resultados desastrosos. Cuando el rey ya maduro, alarmado por los progresos de Federico de Prusia, quiso variar el método transformado en rutina, aliándose con Austria en 1756, los partidarios más ciegos de la tradición, que por singular paradoja eran los filósofos encabezados por Voltaire, desacreditaron el nuevo sistema con una crítica corrosiva que los desastres de la guerra, atribuibles a

otras causas, parecieron justificar. Así, el principal agravio de los revolucionarios de 1789 contra la monarquía sería, 35 años más tarde, la alianza austríaca. Para repetir a Richelieu, la Revolución y el Imperio siguieron descuidando a Prusia, con tal de dar palos de ciego a la sombra de Carlos V. El monarca francés del siglo XIX que heredó las tradiciones revolucionarias y, junto con ellas, el respeto por aquella rutina trasnochada, cometió el mismo error, cuando incluso algunos liberales que lo compartieran, como Thiers, veían la verdad en toda su evidencia. Napoleón III ayudó a Italia contra el Austria, y más tarde dejó que ésta fuera derrotada por Prusia, cooperando con su acción o su inacción al crecimiento de dos vecinos cuyo poder debía volverse contra Francia, según lo anticipaba el testamento de Luis XIV. Para completar los funestos efectos de la obcecación en el error, los hombres de la Tercera República, no obstante cultivar el odio a la memoria de Napoleón, imitaron sus extravíos al dejar en 1919 intacta la Alemania de Bismarck, mientras dispersaban a los cuatro vientos el mosaico bizantino que hacía las veces del antiguo imperio austríaco. El desastre que le acarrearon a la nación es historia de nuestros días, y constituye caso típico del modo por el cual un método creador de grandeza puede contribuir a la decadencia cuando se lo aplica a destiempo con atraso de dos siglos.

4. Inglaterra pierde el primer rango

La transformación de un clásico método nacional en inoportuna rutina será más discutible para el caso inglés, ya que su demostración participará más de la profecía que de la historia. Pero no será más difícil de persuadir, pues los hechos que ilustran el concepto pertenecen a la experiencia directa de los hombres maduros de nuestro tiempo.

Hace 27 años, al celebrar Jorge V de Inglaterra y su esposa las bodas de plata de su reinado, el Estado británico parecía, y sin duda era, el más poderoso del mundo. Sabemos que cubría una jurisdicción territorial sobre casi dos tercios de la superficie del globo, mas la

influencia política y económica que ejercía sobre la mayoría de los países le asignaba la parte del león en la explotación del mundo entero. Su cartera de créditos en el exterior era la mayor de los países capitalistas, lo que le permitía importar el doble de lo que exportaba, y subsidiar a millones de parados, sin sufrir quebranto en sus finanzas. Para ese entonces había superado las crisis de la posguerra, mientras el resto de las grandes potencias se debatían en medio de terribles dificultades: Rusia apenas emergida de los horrores de su revolución, Alemania en los comienzos del régimen nazi, Norteamérica aún en pleno temporal económicofinanciero. Pero como el sol se ve más grande cuando se pone, la Gran Bretaña iba a perder su posición sin rival cuando parecía haber llegado al máximo de su poderío.

La ilusión de que la grandeza británica era una ley natural había hecho mella en los dirigentes imperiales de nuestra época. Y aplicando las antiguas directivas en un mundo nuevo, transformaron el método tradicional en una rutina perniciosa. No tanto porque dicho método hubiese perdido vigencia, sino debido a que, fieles a su letra, fueron infieles a su espíritu. Así combatieron en la segunda década del siglo XX una lucha de 4 años a vida o muerte, abandonando toda consideración de equilibrio, contra una potencia que por su situación en Europa no podía jamás ser un peligro para Inglaterra en un mundo político diverso del que existía en los dos siglos anteriores, que habían sido la edad de oro imperial. El esfuerzo prolongado, más allá de las posibilidades nacionales, resquebrajó el maravilloso sistema económicofinanciero en que se habían capitalizado los frutos de la preponderancia mundial dadas por la estrategia y la diplomacia, sin evitar el endeudamiento. La ayuda extraña que Inglaterra necesitó para rematar la lucha con éxito la puso a merced de dos poderosos auxiliares, Norteamérica y Japón, que en consecuencia compartieron en adelante con ella el primer rango en el mar. La primera le sacó ventaja en el terreno económico e industrial, donde antes Inglaterra prevalecía. El error no consistió únicamente en jugar a fondo, en la época de los Estados mundiales, un juego calcado sobre el de los siglos XVIII y XIX, cuando en ultramar no había una sola gran po-

tencia, sino también en no aplicar el método tradicional (de suscitar la guerra continental sin pelearla en el continente) como lo habían manejado los mejores dirigentes, por ejemplo Chatham. La pérdida de un millón de ingleses en los campos de Flandes y el norte de Francia fue tal vez más grave que el desquicio del sistema económicofinanciero y que la necesidad de compartir el primer rango naval. Cuando el nuevo equilibrio mundial iba a establecerse entre imperios poblados en escala gigantesca, la sangría entonces sufrida por la raza británica con la muerte de un millón de jóvenes héroes a principios de nuestro siglo significaba un atraso irreparable, si se considera la relación que en las nuevas condiciones del mundo existe entre demografía y política.

Pero todavía en aquella primera ocasión la lucha llevada con espíritu rutinario tenía alguna sombra de justificación, cuando se dirigió contra una potencia que, sobre ser militarmente la primera en Europa, pareció rivalizar con Inglaterra en ultramar, y que tenía una poderosa escuadra y un imperio colonial en desarrollo. En cambio, en la segunda ocasión, la rutina iba a ser pura y sin mezcla. La coalición, a toda costa, contra una Alemania sin colonias ni fuerzas navales, empezada con pocos aliados y éstos débiles pese a la apariencia de poder ostentada por alguno de ellos, y completada durante la lucha sin negociar la participación de nuevos aliados, era el absurdo. Así llegó a quedar Inglaterra a merced de sus aliados en la victoria. Su desesperado esfuerzo posterior a la caída de Francia, al enfrentar por primera vez en su historia sola durante un año a una coalición de dos grandes potencias europeas, le hizo superar todos sus sacrificios de 1914 a 1918, menos el de la sangre que entonces derramó a torrentes. Y esa misma economía de sus hijos que en la segunda oportunidad realizó de poco le valdría en el mundo organizado por su sistema de alianzas, ya que los dos colosos que la sacaron de apuros en su duelo con Alemania la pusieron en otros mayores de lo que ésta pudo crearle.

Ofuscados por la restauración de la fuerza militar alemana en las décadas tercera y cuarta del siglo, se lanzaron a la lucha de nuevo, con estrategia calcada sobre la anterior, cuando las circunstancias habían cam-

biado radicalmente, no sólo en la distribución de las fuerzas políticas sino también en el desarrollo de las armas modernas. La aviación había transformado a Inglaterra en parte del continente, volviéndola más vulnerable que antes y exigiéndole un esfuerzo defensivo que le restaba medios para la acción ofensiva en ultramar; y si la parte de invulnerabilidad que el hecho de ser isla aún le conservaba la salvó de un desastre militar como el de Francia, no le ahorró la pérdida de girones del imperio. De sus dos poderosos auxiliares, Norteamérica ocupó en el siglo XX la posición insular que Inglaterra ocupaba en el XIX; pero en escala gigantesca. Y su riqueza en materias primas adecuadas a la industria según su actual desarrollo es lo más parecido al privilegio que en tal sentido disfrutó Inglaterra y ha perdido. Lo que esas ventajas le dieron y le darán hoy a la nueva gran potencia no difirieron de las que le valieron a la antigua. Por su parte Rusia pasó a ocupar el puesto de Alemania como primera potencia militar de Europa; pero con este agravante para Inglaterra: que la Europa Central y Oriental quedó a merced del Soviet más de lo que nunca lo estuvo de Guillermo II o de Hitler. Y que no puede, como Alemania, ser tomada por retaguardia con una coalición de aliados orientales, pues su espacio geopolítico se extiende del Báltico al Pacífico, y la comunización de China, junto con la desmilitarización del Japón, le guardan las espaldas.

Por el contrario, Rusia tendió mortal abrazo a la Europa Occidental, con su amenaza militar sobre una frontera permanente más próxima de lo que jamás tuvo el zarismo y su infiltración ideológica en un mundo descompaginado por la guerra. El peligro para el destino de la civilización greco-latino-cristiana es mucho mayor que el representado por el paganismo nazi, contenido hasta ahora, no por la estrategia británica, sino por la fuerza norteamericana, en sociedad con los poderes europeos, incluso de los países ex enemigos, restaurados por la política mundial de los Estados Unidos.

Los desastres acarreados al imperio británico por la rutina de sus dirigentes fueron más rápidos que los sufridos por España en su caída. Ésta no perdió ninguna importante sección de sus dependencias coloniales, hasta

las guerras de secesión en que se emanciparon casi todas juntas, pero a los cien años de la época en que el sistema de política nacional empezó a mostrar síntomas de debilidad. Inglaterra debió aceptar las emancipaciones de la India, Palestina, Egipto y el Cercano Oriente a los pocos años de su éxito de relumbrón en la segunda guerra mundial de este siglo. Y si aquellos desastres no fueron mayores, se debe sin duda a que una inmensa fuerza nueva, la de la república norteamericana, le ha sucedido en el primer rango de la preponderancia entre las naciones, con voluntad esclarecida que examinaremos en otro lugar.

Capítulo IX: *Esbozo de una teoría sobre la duración de los gobiernos*

Dice Maquiavelo que para las fundaciones o las reformas políticas los principados largos —que hoy se llaman dictaduras, pero que en tiempo de las antiguas monarquías eran el reinado de un príncipe longevo o el ministerio de un Richelieu o un Mazarino o un Pitt el joven— son indispensables. Ese prolongado influjo de un héroe fundador o reformador al frente de una empresa comenzada o reiniciada es común en la historia de los países que llegaron a preponderar en el mundo. Agregaba el florentino —tan profundo en el fondo de su pensamiento, aunque tan paradójico en su lenguaje— que la sucesión, sin solución de continuidad, de dos o tres príncipes altamente capacitados para el mando, llevaba a los países a la grandeza. Tal sucedió en Roma con Octavio Augusto y Cayo Tiberio; en España con los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II; en Inglaterra con Enrique VII, Enrique VIII e Isabel I; en Francia con Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV. En este último caso podríamos recordar, con motivo del príncipe citado en segundo término, a Richelieu y Mazarino, que se sucedieron en la forma señalada durante el enfrentamiento franco-español provocado por el primero de los dos cardenales citados.

Vale la pena detenerse por breve espacio en este punto, porque Richelieu puede ser tenido por arquetipo de gran ministro. Cuando él llegó al ministerio por segunda vez, en 1627, todo el gobierno francés estaba a favor de España y de la Contrarreforma que ella acaudillaba. Y las fuerzas peninsulares, restauradas por la dilatada paz procurada a su país por el reinado de Felipe III. Nunca se presentó a España una ocasión tan dorada como la que se le ofreció a Felipe IV, cuya ambición,

azuzada por el Conde Duque de Olivares, quiso aprovecharla a fondo. Fue entonces cuando Richelieu persuadió a Francia, a todo el gabinete en el que acababa de entrar por segunda vez, en condiciones sumamente precarias, que la potencia rival no perseguía fines espirituales sino temporales. Y el genio estratégico del gran ministro volcó la balanza del equilibrio europeo en favor de su país. Por añadidura, al morir Richelieu en 1642, y sucederle Mazarino, Felipe IV, ante el fracaso de Olivares, lo reemplazaba con el duque de Haro, cambios que el historiador español Modesto Lafuente comenta así: *"Mientras en Francia a un gran estadista sucedía otro gran estadista; en España, a un privado sucedía otro privado"*.

Con tales consideraciones no me pronuncio teóricamente a favor de los principados largos. Porque dependiendo éstos de la aparición de hombres aptos para el cargo, y favorecidos por las circunstancias, jamás se pueden preconizar como sistema a priori, sino únicamente estudiarlos en los hechos dados en la Historia. El príncipe, como el poeta, no se hace: nace. Empleo el término en el sentido que lo usaba Maquiavelo, para designar al hombre nacido en cualquiera cuna, pero con las dotes personales de encargo para mandar, como aquellos *condottieri* de su época en quienes pensaba, hidalgos algunos pero en su mayoría bastardos, hijos de sus obras, y cuyos padres habían sido casi todos de origen humilde. Por supuesto que, como al poeta, le es mejor *être né*, según dicen los franceses. El político de nacimiento encumbrado recibe mejor formación para el oficio que el de cuna modesta, y, sobre todo, halla facilidades infinitamente mayores para adquirir su instrumento, que es el poder. También el poeta de buena formación se aproxima o llega más pronto a la perfección que el inspirado de poco bagaje intelectual. Pero éste se halla mucho más al alcance del poeta, que el poder al alcance del político. Con todo, el temperado bien dotado, en una y otra actividad, salta todas las vallas para triunfar. Y en nuestra época y en nuestras sociedades, como en todas las otras, hemos visto hombres de todos los orígenes ejercer largos principados, en Estados regularmente constituidos, en monarquías o repúblicas constitucionales, o en las subvertidas por gol-

pes de Estado, en antiguos imperios convulsionados por revoluciones. Resultados de emergencias que se prolongan como a la espera de los capacitados para resolverlas.

Y comparando esos casos con los de administraciones normales, me he formado una teoría acerca de la duración de los gobiernos. Los ordinarios suelen cumplir un plazo que oscila entre los cuatro y los seis años, el máximo de tiempo que los hombres pueden tal vez soportar a un mandatario de orden común. Los extraordinarios suelen estirarse a varios lustros o décadas, el mínimo que una generación predestinada necesita para cumplir oportuna empresa colectiva, y que al ser acaudillada con éxito por uno de sus integrantes se aferra a su jefe más de lo que él pretende dirigirla. Para no perdernos en una digresión, veamos los ejemplos más notorios de la historia moderna y contemporánea.

En primer lugar, los gobiernos ordinarios; tomemos las monarquías absolutas o constitucionales de los siglos XVIII y XIX: Inglaterra, Francia, España. Ésta, de un tipo hasta la muerte de Fernando VII y de otro después, tuvo, sin contar a los favoritos, ministros que duraron hasta diez años bajo el primer Borbón y cuatro bajo la última, pero que en la edad de oro de la dinastía bajo Carlos III, no pasaron de seis. Cuando la voluntad del monarca decidía, o cuando las facciones militares se disfrazaban de partidos electorales, pero en realidad no eran sino despotismos limitados por pronunciamientos, el plazo era más o menos regular. Esquilache y Aranda no duraron mucho más que Espartero, Narváez u O'Donnel. Los Borbones franceses y su primo el Orleáns que los destronó, con regímenes parlamentarios más o menos liberales, cuando pudieron conservar por más tiempo a sus primeros ministros no lograron ni Luis XVIII ni Carlos X pasar más de seis años con Richelieu o con Ville, y Luis Felipe hizo el mismo promedio con los cuatro de Soult y los ocho de Guizot. Descarto por obvios para mi demostración los ministerios breves en aquellas categorías, como en la que voy a considerar ahora, que es la de los gobiernos turnantes en el parlamentarismo inglés de la época victoriana, por ser el más regular y donde el juego de la voluntad nacional se puede apreciar con mayor autenticidad. Desde el ministerio Melbourne,

que empezó antes de iniciarse el reinado de Victoria, hasta el tercero de Salisbury, que acabó después de fallecer la reina, nueve gabinetes cubren 52 de los 63 años que la longeva princesa ocupó el trono británico. Durante ese largo período la regular alternancia de los partidos en la administración del país apenas se alteró tres veces, a causa de acontecimientos excepcionales que impidieron la formación de ministerios estables: uno fue el reagrupamiento político que se produjo a la muerte de Peel, cuando el ala izquierda de su partido conservador, que junto con los liberales había hecho la gran reforma tarifaria —suprimiendo el impuesto a la importación de trigo— quedó indecisa por un tiempo entre los sectores extremos de la opinión, antes de que los gladstonianos ingresaran definitivamente en el liberalismo, para darle su mejor jefe; otro, la guerra de Crimea, estallada cuando el reagrupamiento antedicho no estaba aún resuelto. Y por último, el debate sobre la reforma electoral. Antes y después de esa prolongada crisis, y en medio de la misma, el gran ministerio presidido por Palmerston, que fue como el camino de tránsito para los peelistas entre el conservatismo y el liberalismo, los gabinetes tuvieron una casi invariable periodicidad de seis años. Así el de Melbourne, salido de la reforma electoral censitaria; el segundo de Peel, que abolió la ley de granos y convirtió a la exclusivista Inglaterra en país librecambista; el de Russell, que afianzó la preponderancia políticoeconómica inglesa en el mundo; el último de Palmerston, que marcó el cénit de la grandeza victoriana posterior al triunfo anglofrancés sobre Rusia; el primero de Gladstone, que perfeccionó la administración y las finanzas británicas; el segundo de Disraeli, que estableció el sufragio universal; el segundo de Gladstone, que con su *Home Rule* planteó la necesidad de la reconciliación con Irlanda; y los tres últimos de Salisbury, orientados hacia el gran imperialismo triunfante a fines del siglo XIX.

Cada uno de esos gabinetes representaba un éxito partidario, tenía una misión determinada y era sorprendido en medio de la tarea por el fin de su período legal, era reelecto y derrotado a mitad del segundo período por la misma mayoría de cuyo seno había salido. Componían los grupos de hombres aptos, solidarios en la compren-

sión del interés nacional, por encima de las divergencias sobre el cuanto de más o de menos libertad y autoridad debería entrar en la mezcla del gobierno. Sin embargo, pese al brillo y la eficiencia con que unos y otros actuaban, ni sus propios electores los soportaban más de seis años. Eran gobiernos ordinarios, en el sentido de que ninguna de las generaciones que se distribuían en los diversos sectores de opinión tuvo una gran misión particular que cumplir, porque la preponderancia británica venía siendo elaborada por todas desde hacía muchas décadas. Y cuando falta una tarea de esa especie, el gobernado no parece admitir la estabilidad administrativa más allá de aquel lustro largo, y quiere el cambio cuando los equipos dirigentes son intercambiables.

Los gobiernos extraordinarios tienen una mecánica opuesta. En lugar de ser soportados, son llamados por el anhelo colectivo y de este caudal de opinión sacan elementos para durar más que aquéllos. No quiere decir que el gobierno sea un mal necesario, puesto que lo creo un bien en sí; pero es evidente que en tiempos normales se siente su peso más de lo que se comprenden sus beneficios. Por el contrario, en épocas de crisis, cuando la anarquía se apodera de un país y la falta de gobierno se aprecia de modo que llamaríamos experimental, porque los individuos sufren la pérdida de todos los bienes que reporta la asociación humana, entonces la sociedad entera clama porque aparezca un hombre que gobierne, y no le pone condiciones de forma o plazo. Si la aparición se produce, y el que satisface aquel clamor universal es un verdadero caudillo —y no un aventurero que aprovecha la oportunidad para servirse de sus conciudadanos en vez de servirlos— el crédito para girar en descubierto que recibe al comienzo es pagado por mucho tiempo sin que la mayoría que se abrió piense en su costo, por elevado que sea. Al contrario, las contribuciones se dan con la misma generosidad que la de los fieles al santo de su devoción, y es frecuente que lo que empezó como un legítimo trueque se transforme en un verdadero culto sentimental. Con todo, hay una diferencia. O sea que estas devociones por los grandes hombres son más pasajeras. Y si no faltan devotos que obtenida la gracia olvidan al santo, esta ingratitud es más común en las

sociedades para con sus salvadores; y es más explicable, pues al cumplir su misión el verdadero caudillo ha restaurado las condiciones normales de la convivencia y el gobierno —aún del restaurador— se vuelve a sentir como peso más que como protección. Raros son los grandes hombres que al realizar una larga tarea política necesaria escapan a la rutina que por fuerza resulta de ella, los que comprenden la conveniencia de retirarse a tiempo. Y los más suelen acabar provocando en sus gobernados tanto cansancio como esperanzas los acogieron al aparecer.

No todos los gobiernos extraordinarios nacen de crisis provocadas por la anarquía. Y los hay que resultan de una gran amenaza exterior, o de la necesidad sentida por un país de acometer una gran reforma interna o externa. Como Pitt en Inglaterra, Metternich en Austria, Cavour en Italia o Bismarck en Alemania, todos ellos fueron ministros bajo la autoridad no discutida de monarcas hereditarios. Pero una evolución indispensable suele sentirse en las naciones predestinadas a la grandeza como las crisis de anarquía y disponerlas a prorrogar espontáneamente el plazo que las sociedades están decididas a otorgar a sus gobernantes en tiempos normales.

Pero los más clásicos son evidentemente los que cierran un largo período de guerras civiles: César, Augusto, Richelieu, Cromwell, Napoleón I, Rosas, Napoleón III, Franco. Por encima de las diferencias individuales, de nacimiento, cultura, capacidad individual, esos hombres presentan semejanzas que dependen más que nada de la similitud entre las tareas asumidas por unos y por otros. Aparecen como sanguinarios, porque deben emplear la mayor violencia contra las pasiones desencadenadas hasta el crimen y la traición; se ocupan personalmente en todos los ramos de la administración, porque la responsabilidad personal es la condición del poder extraordinario que ejercen; son escrupulosos administradores, porque llegan a poner orden en el caos financiero que la anarquía provoca; y por lo general resultan reformadores, aunque no empiecen con ideas de reforma. Salvo los geniales como César —cuyo caso dudo se haya repetido—, estos políticos excepcionales, como los ordinarios, no suelen proponerse objetivos quiméricos y son

más empíricos que sistemáticos. Pero con la rapidez de percepción que es característica del tipo, se van amoldando a las circunstancias, que, por ser las favorables para ellos, son más variables que de costumbre y las modelan a su voluntad, mas de acuerdo a las exigencias impostergables sentidas en el momento por la mayoría de la opinión, a la cual interpretan tanto por lo menos como la dirigen. Los aspirantes a imitar el tipo, que crean artificialmente las crisis —que aquéllos hallan dadas— y carecen de las condiciones elementales de los verdaderos caudillos, no tardan en recibir la sanción de los hechos, que se sublevan contra quien no los sabe manejar.

Capítulo X: *Corolarios*

1. Las instituciones estables y el acceso de la inteligencia política al poder

La situación descrita en capítulo anterior plantea el problema de averiguar si Inglaterra careció, en el período allí considerado, de la inteligencia política necesaria para evitar los errores cometidos. Nadie puede negar a dicha nación la estabilidad de sus instituciones, la perfección de su régimen político, la regularidad con que funciona el sistema representativo de la opinión popular; por lo menos, hasta donde tales cosas son posibles en el orden humano. Que hubo impugnadores, baste recordar el libro de Hilaire Belloc y Cecil Chesterton, EL SISTEMA DE LOS PARTIDOS, cuya tesis consiste en sostener que la democracia inglesa es en realidad una plutocracracia, donde las diferencias de opinión son formales y de valor entendido, y las directivas están dadas por los grandes intereses capitalistas con influencia decisiva en el gobierno. Sea lo que fuere, lo mismo se suele decir de la república norteamericana, y sin embargo no se puede negar que, mientras la plutocracia yanqui exhibe flexibilidad e imaginación de lo hacedero, suficientes para variar el sistema de política nacional, la plutocracia británica —en caso de ser cierta la tesis de la obra citada— pecó por el defecto contrario.

Ahora bien, si algún país contemporáneo tuvo a disposición de los dirigentes nacionales una gran inteligencia política, esa nación fue precisamente Inglaterra. No me refiero a su gran epistemólogo Bertrand Russell, pese a su folleto de 1936 titulado ¿QUÉ CAMINO HACIA LA PAZ?, en el que desaconsejaba el rearme y la lucha por la integridad del imperio, anunciando que en el caso de

rearmarse para la guerra lo mismo perdería sus colonias, después de quedar en escombros. Junto con pronósticos de exactitud impresionante, dicho opúsculo encierra otros demasiado catastróficos, que no se cumplieron, y son, como los suyos de hoy, de un ideólogo, pero no de un filósofo político. Por el contrario, el escritor militar Liddell Hart, que fue hombre de extraordinaria inteligencia para todos los problemas del poder mundial, ofreció a su país los mejores consejos sobre la paz y la guerra; consejos que fueron desoídos por los dirigentes nacionales, con las consecuencias conocidas.

Para que se tenga una idea de su flexibilidad mental, diremos que habiendo llegado, al final de su historia de la primera conflagración general de este siglo, a la conclusión de que la potencia de fuego de las armas modernas daba tal fuerza a la defensiva que volvía imposible la ofensiva, y que la guerra del 14 al 18 con los intentos repetidos por uno y otro bando de romper el frente había sido una carnicería estúpida y criminal, elaboró sin embargo entre 1919 y 1939 una teoría para la resurrección de la estrategia de movimientos sobre la base de la aviación y los tanques, cuyo incipiente desarrollo en la primera contienda no había permitido utilizarlos como lo serían en la segunda. Y mientras esta idea era aprovechada por Alemania, Inglaterra no le prestaba oficialmente la menor atención.

Ideas más elevadas aún ofreció Liddell Hart a su país, durante la segunda conflagración mundial, contra la insanía de la guerra a vida o muerte, y las publicó con el valor de un filósofo. "*Las recientes afirmaciones de algunos ministros* –escribió en febrero del 40– *en el sentido de que debemos ir a la victoria o a la derrota, sólo muestra su asombrosa ignorancia de la historia de la guerra. Apenas alguna de las guerras que asolaron a Europa desde la Edad Media terminó decisivamente... Todas las potencias que salieron al campo sin considerar el costo de una lucha acabaron produciendo la ruina de su propio poder. La actual es la 13ª guerra con una potencia continental en que nos hayamos empeñado desde que debimos enfrentar la amenaza de la Armada Española. Sólo dos de ellas terminaron por una victoria decisiva. La primera contra la Francia napo-*

leónica; la segunda, contra la Alemania de Guillermo II. En cada una de ellas tuvimos de aliados a la mayoría de las grandes potencias, ventaja de que hoy carecemos. Y aun así aquéllas son las guerras que nos dejaron más agotados. En cambio, obtuvimos considerable beneficio de la mayoría de las guerras que terminaron por una paz negociada. Ningún país ha sido más feliz que el nuestro en obtener ventajas permanentes, para su seguridad y su prosperidad futuras, de guerras indecisas".

Que la inteligencia preclara de Liddell Hart coexistiese en Inglaterra con la rutina de los estadistas, demuestra que los imperios no decaen a veces por falta de capacidades nacionales, como el primero que perdió Gran Bretaña en América del Norte, durante la vida de Burke y de Carlos Fox, tampoco se perdió por esa causa sino porque no siempre la inteligencia política halla acceso al poder. Caso que prueba que los errores más desdichados de una colectividad civilizada no son imputables a la colectividad entera, a su falta de reservas intelectuales o morales, sino a los extravíos de una minoría. Prueba además que no hay seguro contra el error político, ni en el mejor sistema de conducción nacional, ni en las instituciones más estables, ni en la abundancia de la capacidad disponible en un país, ni en nada, como no sea en un espíritu colectivo despierto ante las exigencias de la circunstancia histórica, que de un modo o de otro procure el aprovechamiento del *right man in the right place.*

Es un argumento más a favor de la problemática política, idea central de este ensayo, destinado a inculcar las deficiencias del racionalismo aplicado al manejo de la práctica, sin caer en el volutarismo acéfalo.

2. La opinión manda

Tan lejos se está aquí del irracionalismo que nada es más cierto para el autor que el lugar común puesto como título a este acápite, tan repetido como poco creído por quienes lo invocan.

En efecto, las vicisitudes que abruman a nuestro país y a la mayoría de la humanidad han provocado la

proliferación de una casta de incrédulos en las verdades esenciales del régimen representativo, que en parte se confunden con los principios eternos de la política. Y así, por el hecho de que lo que hoy se llama factores de poder aparecen en el primer plano de la escena pública, se tiende a pensar que la opinión pierde terreno en la conducción de los países ante el avance de los sindicatos con sus huelgas, las fuerzas armadas con sus intervenciones en el gobierno, o los grandes intereses plutocráticos con sus influencias clandestinas en los despachos oficiales o pasillos parlamentarios —el *lobysm*, como se dice en los Estados Unidos— que han usurpado el lugar de los poderes legítimos.

Ahora bien, ninguno de esos factores de poder es por definición otra cosa que representación de intereses particulares. Y en cuanto tales no pueden opinar, lo que se dice opinar, políticamente, con criterio cívico acerca del interés general, que ellos no pueden siquiera concebir, porque no es misión específica de ninguno de ellos la especialidad de lo general, que compete al ciudadano; aunque las fuerzas armadas tengan por su juramento de lealtad a la república la obligación de pensar en el derecho y la justicia.

Una de las intervenciones de las fuerzas armadas en nuestra política —cuyo juicio no corresponde en este ensayo— sirve para mostrar hasta qué punto llega el imperio de la opinión. Cuando ellas derrocaron a un déspota, éste parecía contar con todos los factores de poder (gremios, sindicatos, corporaciones económicas, número de partidarios, lealtad de los mandos militares, todos los gobiernos provinciales y abrumadora mayoría en las cámaras). Todo resultó disuelto en la realidad. Porque la fuerza no es materia sino espíritu. Es un complejo espiritual, lo que no se puede poseer como un bien mueble. Para que los soldados, por ejemplo, empleen las armas en que consiste la fuerza, debe haber un jefe que imparta la orden y varios otros hombres que, del oficial al cabo jefe del grupo, la transmitan, hasta que la cumpla el último de la línea. Y todo el proceso queda en momentos de crisis —que son precisamente aquéllos en que tales órdenes se dan— sometido al influjo de la opinión, elaborada por los capaces de opinar y con medios para de

un modo o de otro comunicarla a los demás, fuera de los ambientes que se rigen por normas disciplinarias más o menos estrictas. Pero como en la sociedad no hay compartimientos estancos, aun estos últimos sectores son en tales momentos más sensibles que de costumbre a lo que se dice y repite en los medios de la ciudadanía no regimentada.

Así se explica que al ser desafiado por el pronunciamiento de un puñado de héroes el mandón arbitrario se hallase sin el concurso de todos aquellos elementos indispensables de poder con que creía contar en abrumadora mayoría. La opinión se los había restado, minando las voluntades que, en lugar de moverse en su favor, lo hicieron en contra.

Por supuesto que para lograr un resultado de esa especie tiene que haber ciudadanos, es decir hombres procedentes de cualquier sector social, pero con suficiente espíritu público para opinar con libertad, no desde el punto de vista exclusivo de su profesión u oficio, sino con la mira puesta en el interés general, incluso a expensas del suyo propio; y capaz de responder por su opinión aun a riesgo de los mayores sacrificios, incluso en caso de necesidad extrema, el de la vida. Como los protagonistas del episodio aludido.

Burke, en uno de sus últimos libros, a la vez admirable por sus teorías particulares y absurdo por su tesis general, CARTAS SOBRE UNA PAZ REGICIDA, dice que el corazón del ciudadano es una perpetua fuente de energía para el Estado. Puede serlo un republicano bajo un rey absoluto, como puede no serlo un falso demócrata, adulador del pueblo, el Cleón del diálogo platónico con el choricero, que hace en las repúblicas el despreciable papel del cortesano en las monarquías. Si el absolutismo funcionó bien en su tiempo, y dio a determinados países períodos de gloria y prosperidad, fue porque los monarcas tuvieron, entre servidores de varias capacidades, algunos colaboradores dignos de aquel título, capaces de hablar al amo con entera libertad, y hasta de incurrir en su enojo –siempre que creyeran estar en lo justo–, y de salirse con la suya. La falta de ciudadanos es por otra parte más funesta en los regímenes representativos, cuya suerte regida por el principio de idoneidad com-

porta su abundancia tanto entre los electores como entre los elegibles. Hace poco se podía leer en el semanario norteamericano TIME las declaraciones de un senador de filiación demócrata que dijo haber votado siempre contra Roosevelt y Truman, por disentir de ellos en materia económica y financiera; y que jamás daría un voto por razones de partido, sino exclusivamente de interés público. Ahora bien, dicho senador es el presidente de la Comisión de Hacienda del Senado. Con legisladores de ese temple, las instituciones representativas se afianzan y estabilizan; sin ellos, todas las declamaciones teóricas de nada servirán.

Pero a la ciudadanía no se le debe pedir más de lo que puede dar de sí, si tenemos en cuenta al ciudadano común. El mejor de éstos no remediará situaciones críticas, si no está encuadrado en lo que llamamos un buen sistema de política nacional.

3. La política es ciencia experimental o no es nada

Otro de los aforismos deslumbrantes de Burke nos trae como de la mano a la idea central de la demostración sobre los sistemas de política nacional, y el mejor modo de formarlos, que es por medio de la experimentación. Decía el gran filósofo político por antonomasia en el siglo XVIII, el más influyente de todos en los emancipadores de Norteamérica, que la política o es ciencia experimental o no es nada. Ahora bien, todos los métodos seguidos por las naciones que preponderaron en el mundo prueban la verdad de ese dicho, aunque la necesidad de remontarse al pasado y sintetizar en pocas páginas largos períodos de desarrollo histórico no haya permitido pormenorizar su manifestación en los hechos en lo que va del presente ensayo.

Felizmente la política norteamericana de nuestro tiempo ofrece un ejemplo típico de ese aprovechamiento de las lecciones de la experiencia, que permite formar uno de esos sistemas afortunados de conducción colectiva que suelen allanar el camino de las naciones hacia la grandeza.

Se trata del contraste entre la conducta observada por el mismo país en dos ocasiones similares, con apenas cinco lustros de diferencia, medida que si en la escala humana puede parecer grande es pequeñísima por lo que se refiere a la duración de las naciones rectoras de la civilización. Quiero hablar de su política frente a los problemas de la guerra y de la paz, ante las dos conflagraciones mundiales del siglo XX.

En más de un sentido parecería no haber la menor diferencia. Los Estados Unidos entraron en ambas ocasiones del mismo lado, en parecidos sistemas de alianza, un poco más pronto la segunda vez que la primera, pero siempre siguiendo la buena máxima de reservarse mejor que los demás para el esfuerzo final, que es la manera de cosechar los frutos de la victoria; con la misma falta de espíritu de conquista, indispensable al establecimiento de una primacía basada en la justicia y el interés universal de la humanidad.

Pero las variaciones introducidas en esas semejanzas fueron decisivas para el enriquecimiento del sistema nacional norteamericano, que desde el tránsito del siglo XIX al XX está en una etapa evolutiva, del fácil carril de la expansión continental entre los dos océanos a la aventura de las responsabilidades mundiales de una gran nación fuera del hemisferio.

En 1917, cuando Norteamérica entró en la guerra europea, abrió a sus amigos de la triple entente —hasta la revolución rusa intacta— un crédito ilimitado, que permitió a éstos llevar la lucha a vida o muerte que sus propios recursos no les habrían permitido proseguir, lo que dio a la lucha por el poder mundial un carácter extremista que hizo mella en los dirigentes yanquis, hasta que el peligro de la guerra atómica los ha vuelto más razonables. Por añadidura, tal generosidad, desusada entre países, aun aliados, les acarreó a quienes la practicaban más de un dolor de cabeza. A favor de ella, los ingleses disputaron a los norteamericanos la primacía económica mundial, que por su endeudamiento debían haber cedido desde entonces, al punto de que los Estados Unidos perdieron en la posguerra la batalla del petróleo. Por último, de esa política surgió el problema

de las deudas de guerra, que envenenó la vida financiera del mundo entre 1919 y 1939. Terminadas las hostilidades, los dirigentes de la nación dejaron que la economía siguiera sola su curso. Y la gigantesca producción de guerra, inútil en tiempo de paz, hallóse sin mercado interno o externo. Los precios de los productos alimenticios, inflados por la excesiva demanda de los países beligerantes, se derrumbaron como los de la industria fabril. Y el resultado fue la crisis de 1933, cuando los millones de parados dieron un mentís al beato liberalismo imperante hasta entonces en Norteamérica sobre los problemas económicos. Y lo más grave de todo: el país que había decidido la victoria aliada con su intervención, que había tenido tanta influencia en la cesación de hostilidades con los 14 puntos del presidente Wilson, y había inventado el principio de la organización mundial, negó su reconocimiento a la Liga de las Naciones, y abandonó los negocios de la política universal a su propia suerte.

De 1940 en adelante la actitud norteamericana es radicalmente opuesta en esos tres aspectos. En lugar del crédito ilimitado a sus socios de la alianza, el *pague y lleve*, que redujo a los beligerantes europeos a llevar la guerra, con sus propios recursos y no con los ajenos, arrebatándoles la primacía económicofinanciera en el mundo, con todas las implicaciones políticas que de allí surgirían. El *préstamo y arriendo*, o préstamo ilimitado similar al de la primera guerra mundial, no llegaría sino mucho más tarde y bajo condiciones que concurrían al mismo objetivo que el *pague y lleve*. Al *laissez faire, laissez passer*, se sustituyó una economía semiliberal, semidirigida, que ahorró a Norteamérica una crisis de posguerra como la de 1933 y le procuró nociones más flexibles para encarar la economía mundial, de las que había tenido entre 1919 y 1939. Finalmente, en vez de la no ratificación senatorial al tratado que creaba la Liga de las Naciones, la república norteamericana dio su entero apoyo a las Naciones Unidas, alojó el organismo en su territorio, y, lo que es más importante, asumió todas las responsabilidades mundiales a que renunciaba Gran Bretaña, su aliada, hasta entonces preponderante en la política universal.

4. Un sistema de política nacional fracasado

Otro ejemplo contemporáneo de experimentación en política lo ofreció Alemania, con sus dos tentativas del siglo XX por afirmar su primacía en Europa con las armas en la mano.

Es evidente que desde el punto de vista estratégico, la primera querra mundial resultó para aquel país a modo de ensayo general para la segunda. El plan Schlieffen de ataque a Francia por Bélgica, fracasado en 1914, tuvo éxito en 1940, aunque esta vez se le introdujeron modificaciones importantes, debidas al enriquecimiento de la literatura militar por escritores ingleses y franceses, que los alemanes aprovecharon mejor que sus inventores. En ambas ocasiones un ataque del flanco enemigo por territorio neutral. Pero en la primera se había faltado a una de las prescripciones esenciales indicadas por el autor del plan, a saber: que en el caso previsto de la lucha en dos frentes no se debía restar al ataque en el oeste ningún contingente de la fuerza calculado para ese objetivo, por exigencias surgidas de la necesidad de parar la invasión rusa en el este. Unas divisiones trasladadas del norte de Francia a la Prusia Oriental parecen haber decidido contra los alemanes la batalla del Marne, en que fracasó su invasión. Error fácil de evitar en la segunda ocasión, gracias al pacto ruso-alemán de 1939. Pero además, este movimiento diplomático fue uno de los hechos por Hitler, de acuerdo a la idea que expresó en estos términos: *"Todo el que tenga la experiencia de la guerra en el frente, querrá abstenerse de todo derramamiento de sangre que se pueda evitar"*. En el último capítulo de su LA ESTRATEGIA DE APROXIMACIÓN INDIRECTA dedicado a comentar la política del caudillo nazi, el ya citado Liddell Hart dice: *"Al concentrar su pensamiento sobre este problema, Hitler se ha separado de la corriente ortodoxa del pensamiento militar alemán, que durante todo un siglo se había concentrado en la batalla, arrastrando por este mismo estrecho sendero de la teoría militar a la mayor parte de las demás naciones"*. Recordando a Clausewitz, maestro de las academias del ramo en el siglo XIX, el gran escritor inglés agrega: *"El resultado de sus enseñanzas, aplicado por unos discípulos*

que no pensaban por su cuenta, fue el de incitar a los generales a buscar la batalla en la primera oportunidad, en lugar de tratar de crear previamente una oportunidad ventajosa. De aquí que el arte de la guerra se redujera en 1914-8 a un proceso de matanza mutua en gran escala". Liddell Hart señala cómo la nueva táctica desarrollada por los alemanes en su guerra mecanizada no era sino una feliz adaptación de la enseñanza leniniana sobre la guerra revolucionaria y de las ideas estratégicas lanzadas sin mayor éxito por los precursores ingleses de la novedad. Muestra hasta qué punto la movilidad de la *blitzkrieg* se armonizaba con la concepción de fondo sobre la superioridad que las armas modernas dan a la ofensiva entre adversarios de fuerza pareja. Explica cómo pese a tener en hombres y material superioridad de 4 a 1, que según todos los cálculos bastaba para el éxito de la ofensiva más costosa, el caudillo enemigo no se lanzó al ataque frontal contra la posición más fuerte del enemigo sino que se aseguró el triunfo con fintas, buscando la sorpresa y siguiendo la línea de menor resistencia; como no atacó la Maginot, sino su débil prolongación hacia Bélgica, después que con su ataque a los Países Bajos había hecho salir a los aliados de sus posiciones defensivas, y por el flanco que éstos dejaron mal cubierto; cómo al romper el frente, en lugar de dirigirse a París, presumiblemente mejor defendido que nada, oblicuó hacia la costa de la Mancha desguarnecida; como al establecerse de las Ardenas al Mar del Norte, haciendo ocupar por infantería el terreno conquistado por los tanques, transformó una ofensiva estratégica en una defensiva táctica, volviendo sus flancos inexpugnables a los contraataques anglo-franceses.

Pero como señaló sus aciertos, Liddell Hart anunció en el mismo lugar la mayor falla de Hitler: "*parece tener, como Napoleón, una visión inadecuada del plano superior de la gran estrategia: el de dirigir la guerra con visión de mayor alcance, dirigida a la paz que ha de seguir. Para hacer esto de un modo efectivo es preciso ser más que un estratega: hay que ser a la vez un gobernante y un filósofo. Así como la estrategia es, en sí misma, lo contrario de la moralidad, por emplear fundamentalmente el arte del engaño, la gran estrategia*

tiende a coincidir con la moral por tener constantemente a la vista el objetivo final de los esfuerzos que está dirigiendo".

Por supuesto que la derrota alemana no se debió exclusivamente a la falla señalada en su jefe de la última guerra, como que al merecer la misma censura su afortunado rival soviético no le impidió cosechar una notable victoria. El mismo escritor ha mostrado cómo los éxitos de Hitler, desde su estreno en el gobierno a la primera mitad de la guerra, obtenidos contra la opinión de sus asesores técnicos, restó a éstos autoridad para resistirle cuando aquél abandonó sus ideas sobre el ataque indirecto, para incurrir en los frontales, y aferrarse al terreno contra todo método razonable de táctica defensiva. Pero en su edición de las MEMORIAS de Rommel, Liddell Hart aporta un dato esencial sobre la influencia del factor colectivo en el individual, representado por Hitler. Coincidiendo con lo que ya habían dicho los RECUERDOS DE UN SOLDADO de Guderian, aquel libro confirma que el Alto Mando alemán —no sólo el caudillo, sino todo el Estado Mayor— no comprendió la importancia del frente africano en el destino de la conflagración. Con un pequeño esfuerzo mental, acordando las pocas divisiones más que pedía el Zorro del Desierto en 1941, el Afrika Korps pudo conquistar toda la costa norte del continente negro y probablemente el Cercano Oriente, con lo que tal vez el Eje habría podido evitar el desembarco aliado de 1942 y privar al enemigo del petróleo árabe, sin el cual la mayor producción bélica norteamericana, quedaba sin combustible. Eventualidad que le hizo creer al ministro del Interior de Roosevelt, mister Ickes, inminente la derrota de su bando antes de El Alamein.

Las experimentaciones de Alemania de una a otra guerra, y su aprovechamiento de ideas ajenas le sirvieron para llevar a cabo una epopeya extraordinaria. Pero como su política mundial no alcanzó jamás un desarrollo que le permitiera elaborar una estrategia adecuada a sus ambiciones de figurar en el mundo, el Estado Mayor alemán, pese a las capacidades que en él se reunieron —sin contar la astucia del caudillo político— no fue capaz de comprender todos los aspectos de la lucha general y des-

cuidó factores esenciales que pudieron darle el triunfo, de haber puesto en el frente africano la misma atención que había tenido para asimilarse las ideas británicas y francesas sobre la resurrección de la estrategia por medio del tanque y la aviación. Es que las capacidades individuales no bastan para dirigir a los países con acierto. Hace falta el esfuerzo capitalizado de los aportes hechos por cada generación, sumando los esfuerzos de todas, enriqueciendo penosamente cada una la experiencia trabajosamente adquirida por la anterior, una vez hecho el balance de los resultados positivos, previo descarte de los negativos.

A Alemania le faltó tiempo para seguir sus experimentaciones, a través de fracasos mezclados con éxitos, con miras a su engrandecimiento. Era la potencia que había llegado último a la disputa del poder mundial, tal como se desarrollaba antes de la era atómica, en guerras a vida o muerte incesantemente renovadas, luego de treguas reparadoras. En adelante, su ocasión de aspirar a una primacía como la que disfrutó Inglaterra hasta 1939, y como la que aún se disputan Norteamérica y Rusia, parece haber desaparecido para siempre, dentro de las previsibles circunstancias de la evolución mundial. Pero la fuerza mostrada, que no es sólo material, sino espiritual —si tenemos razón en decir que la fuerza es espíritu— le deja todavía ancho campo en qué desplegar su mejores cualidades.

5. El milagro de la obediencia

Norteamérica había dispuesto de un siglo más para llevar a cabo los experimentos que le permitieron organizar un sistema de política nacional triunfante, en el último período del desarrollo histórico, antes de la era atómica, al estilo clásico. Así se suelen confundir las nociones sobre la historia de los pueblos. Debido a que la antigua Germania era un país antiquísimo, se puede perder de vista que su unidad nacional es en cien años posterior a la de los Estados Unidos.

Tampoco le había faltado a la nueva Alemania la suerte que siempre acompaña a los pueblos ambiciosos,

corolario de que aún no habíamos hablado en este ensayo. Decía Maquiavelo de los fundadores de pueblos: *"Sin la ocasión, su talento y virtud fueran inútiles; sin sus cualidades personales, la ocasión llegará en vano"*. Esa coincidencia entre el verdadero político y su oportunidad nunca falla en la historia de los países afortunados cuyos casos consideramos en capítulos anteriores. Y Alemania la tuvo en los comienzos de su ascenso en la edad contemporánea si bien ella se le escapó en la etapa decisiva. El creador de su imperio, Bismarck, con todo su genio, quién sabe si habría podido cumplir su obra a no ser por los errores de Napoleón III, de que hablamos en el Acápite 3 del Capítulo VIII. El germanismo intelectual y sentimental de una entera corriente de pensamiento francés cooperaba desde los tiempos de Voltaire a favor del Estado prusiano, y estaba en la base de las acciones e inacciones del ideólogo autócrata que fue a caer prisionero en Sedán.

Examinemos sintéticamente la fortuna que acompañó a la república norteamericana, desde su fundación hasta la consolidación de su poderío, para luego ver cómo aprovechó las ocasiones que se le ofrecieron con singular capacidad.

En el comienzo de su empresa nacional, los colonos anglosajones tuvieron dos factores favorables que les facilitaron la dificilísima tarea no sólo de emanciparse, sino de lo que es más trabajoso aún, de afianzar una soberanía nueva, en los órdenes externo e interno. A saber, la ayuda abrumadora de una gran potencia, primero, y, luego, de una coalición de las naciones marítimas Francia, España, Holanda, que les dieron cooperación clandestina desde el primer día y enseguida apoyo diplomático, financiero, naval y militar, en forma decisiva. Luego, en la época que iniciaron la marcha como país independiente, la falta de vigilancia de los beneficiarios de la primacía mundial, siempre desconfiados ante la aparición de todo poder naciente. Sus propios auxiliares no habían querido crear una fuerza estatal en el Nuevo Mundo, sino abatir la más grande en el Viejo. Las guerras revolucionarias y napoleónicas dejaron plena libertad a la república norteamericana para desarrollarse sin

el mínimo estorbo de las potencias que ocupaban el centro del poder mundial.

Por añadidura, en otra etapa decisiva de la empresa, el hecho de ser los yanquis niños mimados de la opinión progresista en el mundo les valió que aquellos mismos poderes europeos, celosos de toda fuerza naciente, en expansión, fueran impedidos por sus oposiciones liberales de estorbar las conquistas de la flamante república, o aprovechar la grave crisis de la guerra civil para dividirla.

Pero todas las oportunidades que el mundo les ofrecía de poco les habrían valido si no hubiesen sabido cogerlas a punto. Y aquí interviene el factor personal en los fundadores de pueblos, a que aludía Maquiavelo. El autor de este ensayo cree que desde la Edad Media en que Santo Tomás escribió sus tratados de LA PRUDENCIA, LA JUSTICIA y LAS LEYES hasta la época en que los autores de EL FEDERALISTA publicaron su periódico, éstos son los filósofos políticos más conocedores de la materia, más desprovistos del tono paradójico habitual en los pensadores para tratarla, como que no eran especuladores de gabinete, ni siquiera brillantes oradores parlamentarios como su maestro el irlandés Burke, sino estadistas empeñados en una obra dificilísima, en que la voluntad tenía más importancia que el talento. De la frescura de imaginación con que examinaron el problema de las formas de gobierno, baste decir que fueron los primeros en sostener, y probar en concluyente demostración, que el gobierno representativo de una república era conciliable con un gran imperio, tesis rechazada incluso por Rousseau, teorizador de la democracia moderna y que no la creía posible sino en un Estado pequeño.

No es aventurado atribuir la extraordinaria fortuna de la empresa norteamericana al hecho de que entre sus fundadores se hallaron por lo menos dos hombres, Hamilton y Madison, en quienes la prudencia del político coincidía con la sabiduría del filósofo como tal vez no ocurría desde los tiempos de Julio César. El primero fue diez años secretario militar del libertador Washington, redactor de los grandes documentos de la guerra de la emancipación y del maravilloso DISCURSO DE DESPEDIDA contra los peligros de la influencia extranjera en las repúblicas; cinco años, su propagandista en la época que

influyó más que nadie en la reforma constitucional; y ocho años, su ministro de Hacienda, orientando la política económica y financiera inicial del nuevo Estado. El segundo fue ocho años presidente de la República, ofreciendo un modelo para la actitud de un Estado naciente ante los abusos de poder extranjero, en el MENSAJE sobre la guerra de 1812. Imposible sobreestimar el papel desempeñado por semejantes espíritus en la capacidad para el trabajo de equipo que distinguió a los fundadores de la república norteamericana desde sus comienzos, y que sin duda le valió más que nada, como a Roma, el engrandecimiento.

Una perspectiva falseada suele atribuir al tamaño, a la materia, al gigantismo territorial, el éxito norteamericano. Pero se pierde de vista que todas esas ventajas les faltaban en un principio, y que ellos las conquistaron manejando ocasiones propicias con capacidades personales oportunamente coincidentes. El éxito norteamericano es fruto del espíritu. Y lo seguirá siendo, mientras se mantenga fiel a su origen. Ningún caso histórico ilustra mejor la famosa página de Lord Bacon sobre el grano de mostaza: *"La grandeza de un Estado en tamaño y territorio, y la grandeza de las finanzas y las rentas pueden computarse. La población puede aparecer en multitudes; y el número y la grandeza de las ciudades y villas, en grabados y mapas. Pero con todo no hay entre los asuntos civiles nada más sujeto a error que una recta apreciación y verdadero enjuiciamiento respecto del poder y las fuerzas de un Estado. El reino de los cielos se compara no con ningún carozo o nuez, sino con un grano de mostaza; que es uno de los granos menores, pero tiene en sí la propiedad y el hábito de crecer o mandar; y algunos que pese a la pequeñez de su tallo, son sin embargo capaces de cimentar grandes monarquías. Ciudades amuralladas, arsenales repletos, carros de combate, elefantes, ordenanzas militares, artillería y cosas por el estilo: todo esto no es sino la oveja con la piel del león, a no ser el linaje y la disposición del pueblo a ser firme y belicoso"*. Con la epopeya de la última guerra, los norteamericanos completaron lo que en su ejemplo faltaba para probar la verdad expuesta por Bacon.

El interés mayor que el éxito norteamericano ofrece

a nuestros países está en que su historia demuestra la posibilidad de afianzar en poco tiempo una soberanía nueva, obedecida como las tradicionales. En la ciencia empírica de la política, el problema del acatamiento a la autoridad que no se pierde en la noche de los tiempos sería tan escabroso como el de la democracia para los grandes imperios, si uno y otro ya no estuviesen resueltos por la experiencia de los Estados Unidos, república imperial nueva que se rige con más regularidad que el mayor reino legítimo de los tiempos antiguos. El milagro de la obediencia, de que hablaba Espinosa, es posible en el nuestro, aun sin el concurso de los siglos.

6. La grandeza política deja margen para reparar errores

Por supuesto que nada de eso ocurrió sin infinitos errores, imposibles de señalar en cada caso, a no ser los más garrafales. Entre el fin de la guerra emancipadora y la reforma constitucional los Estados Unidos estuvieron a punto de disolverse. Otro tanto les ocurrió durante la guerra civil. En líneas generales, cometieron tantos errores como nuestros países en la explotación irracional de sus riquezas naturales, dando origen a problemas que aún gravitan en la economía yanqui. Estuvieron a punto de excederse en la expansión, como en el pensamiento que la pregonaba, pero se contuvieron a tiempo, acendrando los métodos de la preponderancia en forma de que no había ejemplo en la Historia, excepto en los mejores períodos del Imperio Romano. Por otra parte, mientras no llegaba el gran desarrollo económico producido en la segunda mitad del siglo XIX, tenían defectos parecidos a los nuestros. Lincoln, al asumir la presidencia en la República de 1861, con sus 30 millones de habitantes diseminados en 9 millones de kilómetros cuadrados, principalmente dedicados a las industrias agropecuarias, se quejaba de la empleomanía, la falta de espíritu de trabajo, la corrupción en los políticos, los funcionarios y los militares. En suma, no eran ni mejores ni peores de lo que somos nosotros hoy, en estadio evolutivo similar al de ellos hace un siglo. La empresa política afortunada, la experiencia feliz, les permitió curarse de los males que

los afligían. El desarrollo de los ferrocarriles, la explotación del petróleo, la industrialización del acero, en suma la expansión económica, regularizó la vida política interna, hasta el punto de hacerles parecer de otra pasta. Pero fue la alta política, la de engrandecimiento territorial, la diplomática —que es la verdadera política— la que creó las condiciones para aquélla. No sólo por la creación de un espacio geopolítico descomunal, condición previa de un gran mercado para una gran producción, sino también por el amparo que una soberanía verdadera ofrece al desarrollo interno. Esa transformación no se operó sola, sin intervención alguna de la voluntad humana, por simple juego de factores favorables dejados a sí mismos. Fue fruto de la voluntad esclarecida, desde la conquista de territorios inmensos hasta la pujanza económica, a la que el mundo parece quedarle chico.

La grandeza política les dejaba margen para reparar errores, que para los países débiles y pequeños suelen resultar catastróficos. Además, el buen sistema nacional encuadraba las acciones individuales, aprovechando al máximo las formaciones individuales deficientes. Caso típico el de Lincoln, genio indudable pero *ingenio lego*, que no pertenecía a la clase dirigente ni había tenido educación superior, pero que, por el estudio de los documentos oficiales —al prepararse para el debate con su rival Douglas—, bebió en las fuentes el mejor pensamiento de los fundadores del país y acertó en el gobierno como legítimo heredero de sus antecesores. Cuando en el MENSAJE de 1862 decía que el territorio es lo único que tiene perdurabilidad, porque las leyes cambian, la gente muere pero la tierra queda; cuando repetía, durante la intervención francesa en Méjico o el conflicto con Palmerston por la prisión de los emisarios confederados tomados a bordo de un transatlántico inglés: "*una guerra por vez*"; cuando decía a Schurz que era imposible admitir la segregación del Sur, pues con ella se perdería la mitad de la independencia nacional, se inspiraba en la tradición.

Wilson era hijo de inmigrantes escoceses, de origen humilde. Pero tanto su padre como él se elevaron en la escala social por el periodismo, la predicación presbiteriana y la docencia. Era niño cuando la guerra civil, y

los hechos le impresionaron, llamándole la atención los defectos más que los méritos de la constitución nacional. En su juventud le pareció anárquica la insistencia de la ley política en la división de los poderes. En cuanto estuvo en condiciones de razonar por su cuenta y de escribir, propuso como remedio el gobierno ministerial, el sistema parlamentario inglés. Pero al madurar se dio cuenta de que el remedio era inaplicable en los Estados Unidos, cuyo presidencialismo, bien empleado, era mucho mejor. Cierto, en su biografía de Washington destacó la influencia de los valores individuales en la causación de los acontecimientos. Pero cuando vio a Cleveland hacer valer los derechos de la presidencia contra la demagogia, y contra la intromisión inglesa en Venezuela, haciendo votar créditos de guerra y obligando a la altiva Albión a aceptar un tribunal arbitral, Wilson elogió al presidente, pese a su derrota comicial en la campaña por la reelección. Recordaba un viejo dístico oído en la infancia:

> *"Be strong backed, brown handed, upright as*
> *[your pines*
> *By the shape of a hemisphere shape your designs"* [1].

Que en el simple profesor hubiese un ciudadano de esa comprensión, era el manar de la fuente aludida por Burke. Así se explican sus evoluciones posteriores: que en su primera candidatura a presidente abogara por lo que llamaba la *nueva libertad*, contra el abuso de los monopolios; que pese a su neutralismo al comienzo de la guerra mundial, entrase en ella cuando lo creyó indispensable; que intentase fundar una sociedad de naciones para acabar con la lucha por el poder mundial. Si fracasó en su proyecto más ambicioso, él no desmentía la tradición en lo empinado de la ambición nacional.

Vimos ya lo esencial de la política rooseveltiana ante la paz y la guerra, por lo que respecta al carácter expe-

1 *"Ten la espalda de los fuertes, las manos curtidas, erecto*
[como tus pinos
Que la forma de un hemisferio dé su forma
[a tus designios".

rimental de la conducción norteamericana, y no volveremos sobre ello. Pero queda siempre en torno al segundo Roosevelt el interrogante sobre su estatura histórica, a causa de Yalta y su excesiva confianza en los rusos comunistas. Pero esto requiere capítulo aparte.

7. Norteamérica, consciente de sus responsabilidades mundiales

Es evidente que los errores cometidos en dicha conferencia dieron por resultado una situación peor que la creada por el Eje. Derrotadas Italia, Alemania y Japón, destruida la mayor combinación de grandes potencias contra los anglosajones, desde la alianza de Napoleón con Alejandro de Rusia, Occidente se halla ahora amenazado por el Soviet. No ya sólo una coalición como la anterior, sino un poderoso Estado mundial que, como Norteamérica, llena la fórmula contemporánea de la grandeza, o sea la conjugación de un sistema continental con un solo sistema jurídico, pero que le lleva la ventaja de apelar en todo el mundo al sentimiento de las masas, en mayor medida que la república del Norte a los restantes estamentos sociales en su zona de influencia y en el mundo libre en general; y desde 1949, la alianza con otro coloso aparente, el comunismo chino. Mientras la situación que provocó en los dirigentes norteamericanos el afán de arreglar el mundo implicaba la amenaza de que potencias revolucionarias sojuzgaran toda la Europa Oriental y la parte del globo que estaba más allá de la línea demarcatoria con la Europa Occidental, la que hoy enfrentan los Estados Unidos parece más temible, pues trajo el peligro más cerca de las naciones que acaudilla y lo extendió a todas partes en una escala que el Eje no podía siquiera soñar. En consecuencia, el esfuerzo que Roosevelt y sus consejeros pidieron a su país y a sus aliados, como el último indispensable para cimentar definitivamente la libertad, la justicia y la paz, contra la oposición de los que llamaban agresores, resultó el primer paso de una acción que en adelante impondrá al mundo la necesidad de una permanente velada de las armas, o de pe-

lear una guerra atómica, en comparación con la cual la anterior será una querella de niños mal criados.

La responsabilidad de quienes adoptaron las decisiones que pusieron a Norteamérica y la civilización en el estado presente no puede ser ignorada o menospreciada. Y muchos los han llamado a capítulo. Pero en favor del jefe desaparecido y de sus principales consejeros militares se pueden alegar razones tendientes a probar que el fracaso cósmico en que pueden degenerar los errores de ese equipo no es aún probable ni mucho menos un hecho consumado.

¿Puede atribuirse a ceguera e imprevisión que los dirigentes norteamericanos dieran a Rusia, durante la guerra, tantas ventajas, que habrían de traducirse en el peligro que hoy enfrentan? Es noción recibida en muy opuestos sectores de opinión, entre quienes sobreestiman su idealismo y quienes subestiman su capacidad política. Pero no responde a la verdad de los hechos.

Hay datos que prueban lo contrario. Un documento llevado a la conferencia de Quebec por Hopkins[2] decía: "*La posición de Rusia en Europa durante la posguerra será preponderante*". Los norteamericanos mal podían equivocarse al respecto, desde que los rusos jamás ocultaron su propósito de ponerle el máximo precio a su concurso en la coalición. Las peores exigencias soviéticas, las más odiosas, como la de quedarse con la parte de Polonia que les habían reconocido los alemanes en 1939, fueron planteadas sin ambages en todas las conferencias interaliadas y aceptadas por Roosevelt y Churchill. Éste esbozó una sola vez una defensa de la integridad polaca que había provocado el primer incidente de la guerra mundial, diciendo que su abandono arrojaría una mancha sobre los móviles bélicos ingleses. Pero nada pudo hacer frente al acuerdo de los dos principales miembros de la coalición. Si se repara por otro lado en que Roosevelt no cesó durante la guerra de entrometerse en los problemas imperiales británicos, y aparecía como redentor de los países coloniales, se llega a la conclusión de que,

[2] Ver Robert Sherwood, MEMORIAL DE ROOSEVELT, II, pág. 283, edición española.

en todo, los dirigentes norteamericanos seguían un sistema, previo a su intervención. ¿Podían creer beneficiosa para el mundo en general la preponderancia rusa en Europa, y, en comparación, perniciosa la inglesa sobre varias regiones del globo?

No. Es que debían tener sus miras particulares al respecto. Y aunque sea difícil precisarlas, hay que tratar de hacerlo. Parece obvio que consideraban la amenaza alemana al futuro de su país como mucho más grave de lo que podría serlo en el mundo controlado por la coalición ruso-anglo-norteamericana, después del triunfo, una preponderancia soviética en Europa. Y esa creencia, que explica la mayor parte de sus errores diplomáticos aparentes de 1940 a 1950, es lo que se debe examinar antes de condenar una política cuyas consecuencias se presentan aterradoras.

Ahora sabemos que Norteamérica era capaz de torcer el curso de las victorias de Hitler, inevitables hasta 1942; y la tendencia a creer seguro de cualquier modo el triunfo yanqui y a menospreciar la fuerza alemana se apodera aún de aquellos que antes creían a ésta invencible. Pero la verdad es que los vencedores la consideraron enorme; y que todos los sacrificios consentidos por ellos a favor de Rusia fueron hechos con el fin de ganar tiempo para el propio rearme, evitando una paz ruso-alemana que diera a Hitler un respiro antes que Norteamérica estuviese preparada a enfrentar las consecuencias de una primacía germánica en la Europa Occidental y Sudoriental. Será discutible que acertaran o se equivocaran en tener a Alemania por más peligrosa para su país y el mundo que la Rusia de Stalin, segura beneficiaria principal de la victoria que ellos le ayudaban a obtener. Pero no se puede negar que el problema existiese para ellos entonces. Y hay que reportarse a aquella época para comprender las decisiones que adoptaron. Durante esos meses del 40 al 41 en que Norteamérica se volvió, por propia voluntad, factor decisivo de la estrategia mundial, ayudando a Inglaterra y a Rusia, y desafiando a Alemania y Japón, la fuerza terrestre de Hitler pareció incontrarrestable. Desde la invasión de Rusia hasta Stalingrado, la caída del Soviet se esperó de un momento a

otro entre los dirigentes anglosajones.[3] Entretanto la entrada del Japón en la contienda y sus victorias iniciales crearon la situación más grave enfrentada por los anglosajones en toda su historia: el peligro de que alemanes y japoneses se dieran la mano en el Cercano Oriente, privando a la producción yanqui —última esperanza de la coalición aliada— del combustible que necesitaba en los teatros de la guerra para emplearse eficazmente. El feliz desarrollo ulterior que los sucesos tuvieron para los vencedores no puede suprimir las zozobras que pasaron, ni los *áleas* que hicieron pender de un hilo la victoria que obtuvieron. Churchill señala en sus MEMORIAS[4] que sin la diversión balcánica promovida por él con la revolución yugoslava, Hitler habría atacado a Rusia 5 semanas antes del 21 de junio de 1941, y seguramente tomado Moscú. Eisenhower en las suyas[5] dice que de haber la bomba V-2 aparecido antes, y no después de la invasión a Francia, el 6 de junio de 1944, dicha invasión habría sido imposible, con las desastrosas consecuencias psicológicas previsibles para la coalición vencedora. Agréguese a todo eso que para ser vencida, la Alemania de 1944, destruida por los bombardeos aéreos, en gran parte paralizada en su producción bélica, a la defensiva en Rusia desde Stalingrado, desalojada de África, en retirada en Italia, y asaltada por fin desde el este por los rusos y desde el oeste por los anglosajones, tardó 11 meses en ser expugnada, mientras ella se había tragado a todos sus enemigos occidentales en 5 semanas y a los soviéticos casi los puso de rodillas en 4 meses, cuando unos y otros tenían sus fuerzas intactas. Y se comprenderá que los dirigentes norteamericanos hayan tal vez exagerado el peligro alemán, en comparación con el ruso: alternativa forzosa que resultaría de la política adoptada en aquellos momentos decisivos.

[3] Robert Sherwood, op. y ed. cit., I, págs. 349-51.

[4] Peuser, Buenos Aires, III, Capítulo XX, pág. 319.

[5] CRUZADA EN EUROPA, Capítulo XV.

Otros factores se deben tener en cuenta, de caracteres político y económico, ya no militares. Ahora se sabe que el virus comunista pierde fuerza en Europa Occidental, aunque acaba de prender en Hispanoamérica. En cambio se ignora, pero se puede conjeturar, la enorme influencia que una victoria completa o relativa habría dado al nazismo y al fascismo en aquella parte del Viejo Mundo y en nuestro hemisferio, incluso en los Estados Unidos, jaqueando a Norteamérica no ya en lugares excéntricos del globo sino en su esfera de influencia más próxima, en su zona de defensa estratégica. Por lo demás la rival industrial —pese al adelanto soviético en cohetería— estaba en Alemania, no en Rusia. Y esa rival, temible ya cuando los anglosajones la tenían bloqueada económicamente en el centro de Europa, lo habría sido mucho más si la victoria o una paz negociada le permitían dedicarse pacíficamente a reorganizar la mano de obra europea con métodos revolucionarios cuya prueba de eficiencia estaba dada en los resultados adquiridos durante la guerra.

Se podrá asimismo discutir si los dirigentes norteamericanos acertaron o se equivocaron en aplicar a Alemania la política de rendición incondicional que ahora los puso en la precisión de levantar a los países que acababan de hundir. Hay que creer lo segundo. Pues el costoso esfuerzo que debieron cumplir para imponer su política extrema nunca podía dar buenos frutos, desde que estaba probado que en nuestra época una guerra larga debía ser tan desastrosa para los vencedores como para los vencidos. Y porque ahora es tan evidente, como lo era entonces, que un Eje compuesto de potencias maniobreras, de intereses poco solidarios, y sofrenadas por la recia oposición de rusos y anglosajones, no podía jamás representar un peligro mundial como el bloque unitario constituido por la Rusia soviética, que sojuzga a la Europa Oriental y prevalece en la mitad de Asia y amenaza a la otra mitad. Pero la propaganda antitotalitaria realizada para levantar a pueblos adormecidos por 20 años de pacifismo hacía difícil a los dirigentes anglosajones dosificar su diplomacia con la delicadeza necesaria, si acaso alguna vez pensaron refrenar a Alemania sin aniquilarla.

Parece que Churchill abrigó en parte ese propósito. Pero a Roosevelt le era imposible ejecutarlo: toda su política para meter al país en la guerra se basaba en su denuncia de los agresores. Y le eran mucho más indiferentes que a Churchill las consecuencias del principio de la rendición incondicional, que posiblemente debían beneficiar a Rusia, hasta darle la posición que hoy tiene.

Por otra parte, se ha exagerado la responsabilidad personal de esa política al parecer inconsiderada. Ella se adoptó de perfecto acuerdo entre el presidente y sus asesores militares. Recuérdese el título de las memorias de Eisenhower (CRUZADA EN EUROPA) y se apreciará hasta qué punto los dirigentes yanquis estaban imbuidos del criterio que les persuadió la conveniencia de hacer a los nazis una guerra a muerte, del brazo con los soviéticos. En cuanto a los estratégicos, han sido explicados meridianamente por Marshall. En el ya citado INFORME de 1941, proponía como objetivo nacional, para mantener el peligro alejado del hemisferio occidental, el envío de grandes fuerzas norteamericanas al exterior. Él fue el más decidido partidario de invadir Europa y Asia y librar grandes batallas con el Eje, que Churchill creía innecesarias para abatirlo, considerando suficientes los bombardeos aéreos, el bloqueo económico y pequeñas operaciones militares concurrentes. Y en sus INFORMES DE GUERRA explica Marshall que la seguridad de los Estados Unidos dependía de las distancias marítimas y los errores de un enemigo preparado: "*Quizá la última vez en la historia de las modalidades de la guerra* —decía en uno de ellos— *aquellas distancias oceánicas habrían de constituir un factor vital en nuestra defensa. De nuevo podríamos depender de los otros y del capricho y los errores de enemigos potenciales, pero si siguiéramos esta conducta, no haríamos sino confiar a un cofre de papel el tesoro y la libertad de esta gran nación... Debido a que la técnica de la destrucción no habría progresado hasta su perfección actual, antes de que nuestras fábricas quedaran dentro del alcance de los cañones enemigos, era indispensable la eliminación de las naciones mencionadas y el cruce del Atlántico por medio de barcos*". Luego recuerda las amenazas de Goering, y agrega: "*La táctica de la guerra llevó a Estados Unidos, a sus*

hogares y sus fábricas en la línea de frente de cualquier conflicto mundial. En la segunda guerra mundial se salvaron del bombardeo destructivo, pero esto no será posible en una tercera". Estas palabras prueban que la estrategia norteamericana persigue objetivos nacionales, siempre presentes, cualesquiera sean las evoluciones que la variabilidad de las circunstancias le imponga.

Es demasiado sencillo asegurar que una negociación de paz con el Eje le habría convenido más que la política de rendición incondicional que le aplicaron. Para elegir un momento en que ella hubiese tenido algún rumbo, nos perderíamos en conjeturas. El autor de este ensayo supone que habría sido posible hallarlo. Pero insiste en que a los anglosajones y sobre todo a los norteamericanos les era difícil buscarlo. Y no parece dudoso que cualquier alternativa les habría creado problemas tan graves como los que ahora enfrentan. Una política más conciliatoria con Alemania, que diera a ésta tiempo de consolidar su primacía en parte de Europa, entrañaba el peligro de una alianza ruso-alemana más sólida que la de 1939, con la eventualidad de una más rápida colectivización de Occidente. Piénsese que los anglosajones corrieron el riesgo de esperar un colapso alemán cuando ellos no tenían ejércitos propios en el Viejo Continente, y cuando los rusos podían ocupar —después de la caída de Francia— toda la Europa Occidental, para apreciar el temor que le tenían a la fuerza alemana.

El éxito de Roosevelt y sus consejeros en realizar lo que se propusieron fue grande. Arrebataron el cetro político mundial a la madre patria, mantuvieron el peligro alejado de sus fronteras nacionales, destruyeron militar y físicamente a la Alemania nazi, la que reorganizando Europa a su modo pudo significar para Norteamérica un peligro mayor que el Soviet. Y sobre todo le revelaron al país la inmensa fuerza que podía desplegar. La maniobra del caudillo civil para meter en la guerra a una población casi hasta último momento aislacionista fue habilísima. Y la de los caudillos militares para encauzar la economía nacional hacia la producción bélica, planear la estrategia mundial e imponer sus planes a los aliados, fue digna de las más brillantes concepciones políticas que registra la Historia.

Y todo eso se hizo dentro de las directivas señaladas por la propia tradición. La intervención en Europa estaba, contra lo que se le reprochó a Roosevelt, prevista en el discurso washingtoniano de despedida. Para el canje de destructores viejos por bases arrendadas, invocó el precedente de Jefferson; se hizo declarar la guerra, como Polk la de Méjico; para ir del neutralismo casi a ultranza a la intervención en favor de los aliados, podía seguir el método de Wilson; y como éste, luego de una etapa antimonopolista en el interior, ofreció a los poderosos monopolios industriales del país la dorada oportunidad de una conflagración mundial, sin dejar sin embargo al Estado yanqui sometido al capital. La evolución del gran capitalismo hacia una mejor comprensión de sus deberes sociales quedó evidente después de la guerra. La del Estado norteamericano hacia la comprensión de sus responsabilidades mundiales, también. La acción de Roosevelt a favor de la emancipación de los países coloniales no se puede negar. Que después de su muerte no se operase un movimiento similar en pro de la emancipación económica de todos los pueblos como el suyo y de su inmediato sucesor, tampoco es negable. Pero queda para el sistema norteamericano como problema a resolver, y como prueba de que el mejor —al igual que los de las naciones más afortunadas en la Historia— no es perfecto y está sujeto a la problemática de la política.

9. El sistema soviético, del punto de vista de la lucha por la preponderancia

Estos corolarios, o examen de la tesis sobre la forma de gobierno en relación con las empresas políticas, a la luz de ejemplos contemporáneos, quedarían incompletos si no comprendiesen un enjuiciamiento de la experiencia soviética, no del punto de vista económico o filosófico, sino desde el de la política mundial.

Ante todo digamos que una cosa parece evidente: la guerra larga, a vida o muerte, entre las potencias de Europa Occidental fue para el Soviet un regalo. No me refiero a las destrucciones que recíprocamente se causaron, a la pauperización temporaria de los pueblos más

civilizados, a la subversión antieuropea en el mundo ultramarino, con todas las consecuencias económicas y diplomáticas que aquello trajo. Específicamente, quiero hablar de la prueba agónica a que ajenas voluntades —y no la suya— sometieron al régimen comunista. Ningún país las afronta, si las puede evitar. Pero una vez superada la crisis, la mentalidad del pueblo y sus dirigentes acerca de su posición en el mundo, no puede ser igual antes y después del acontecimiento. El autor de este ensayo encuentra sorprendentes similitudes entre los casos de Roma invadida por Aníbal, o de la Francia napoleónica ante la tercera coalición, y el de la Rusia soviética desafiada por Hitler. La conciencia de la fuerza nacional que el enfrentamiento con semejante prueba debió dar a los hombres del Kremlin no puede sobreestimarse.

A la idea de la propia importancia que esa situación debía inculcarles hay que agregar las lisonjas de los ideólogos izquierdistas, hoy predominantes en el mundo entero. Los ditirambos prodigados a la acción de los dirigentes comunistas que en menos de cincuenta años llegaron a ser desafiantes de los anglosajones en la disputa de la preponderancia mundial eran como para marear las cabezas más firmes. Y así se explican las diferencias entre la acción clandestina del comunismo ruso, sin desplantes de gran potencia, anterior a la prueba sufrida durante la segunda guerra mundial, y el desafío abierto que a dicha actitud, jamás abandonada, agregó después de su participación en el triunfo de la coalición vencedora. El Soviet tiene ahora conciencia de una fuerza propia que sin duda no sospechaba en sí mismo. Lo que da a su maniobra una libertad de actitudes, una soltura o desabrochamiento de modales, una amplitud que antes no se advertían en su juego.

¿Ha ganado con eso? Sus panegiristas del mundo entero pueden tentarlos a compararse con la generación romana, contemporánea de Polibio, que en 50 años sometió al dominio del Lacio la mayor parte del mundo conocido. Pero con ello no harían sino forzar un parangón más peligroso. Como la generación de los Quintos y de los Escipiones no era superior a la de los Régulos, Catones y Fabios —que al echar las bases del imperio republicano forjaron el instrumento que le permitiría a

aquéllos someter el mundo entero a la dominación de Roma–, habría que averiguar si el sovietismo era capaz de conquistar el espacio geopolítico de 20 millones de kilómetros cuadrados que dejó el zarismo, elemento al parecer indispensable para afianzar la revolución comunista en sus comienzos. Los soviéticos rusos no hicieron en menos tiempo más de lo que lograron los Romanof. Éstos, en el siglo XVIII, levantaron a Rusia del abismo a que la había despeñado el brutal reparto que de ella habían hecho polacos y suecos, reparto del que Lord Salisbury decía agudamente, que no figura en las declamaciones libertarias, era *"el mayor crimen de los tiempos modernos"*. En general, las etapas iniciales de una empresa política, de engrandecimiento nacional, son muchísimo más lentas que las del florecimiento, preparado por la anterior de germinación. La siembra dura meses, la cosecha unos días. Y por lo demás, el triunfo decisivo de los soviéticos rusos, como el de los Escipiones y los Quintos en el mundo antiguo, está aún por verse.

Si bien el éxito militar y territorial dio a los hombres del Kremlin un prestigio entre sus simpatizantes del mundo entero, mayor del que ya tenían –lo que les proporciona una carta más de triunfo en la disputa de la primacía mundial–, por otro lado les aumentó el espíritu de dominación y conquista, que suele perder a quienes se dejan arrastrar por él. Caso típico el de Napoleón Bonaparte, ansioso hasta 1806 de evitar una lucha a vida o muerte con los ingleses, pero desdeñoso de pactar con ellos –cuando Fox le ofreció una paz de transacción en aquel año– por haber resistido con éxito el desafío del finado Pitt, y creerse invencible, hasta que Waterloo demostróle lo contrario, cuando era tarde para la suerte de su empresa. Los soviéticos parecen encaminarse a un destino parecido.

El error más patente cometido por los soviéticos, según el autor de este ensayo, es haber defraudado la confianza que Roosevelt y sus herederos intelectuales habían depositado en ellos, provocando la carrera del rearme, a que Norteamérica parecía haber renunciado en 1945. La política yanqui, en lo que respecta a las responsabilidades mundiales del país, no fue hallazgo genial de un día sino que se elaboró en la marcha de los

años, según las persuasiones de la evolución mundial. Y es evidente que al final de la guerra los dirigentes yanquis parecieron creer que la gran política había cedido el lugar a la economía. Su retirada de Europa, sus esfuerzos para liberalizar el comercio internacional, su desarme, ofrecían a un eventual desafiante en la disputa por la primacía del poder una ocasión dorada, similar a la que los aliados dieron a Alemania entre 1919 y 1933, o sea hasta el advenimiento de Hitler. El atraco soviético a Checoslovaquia en 1948 acabó con todo eso. Y desde ese año la posibilidad para el Kremlin de sorprender a una Norteamérica desprevenida al cabo de dos o tres lustros de pacifismo desapareció para siempre. Desde entonces el rearme masivo, la organización de la NATO, el establecimiento de bases en ultramar, el estacionamiento de la séptima escuadra yanqui en el Mediterráneo, el desarrollo de la defensa científica en ambas costas oceánicas, y de la cohetería y las bombas de hidrógeno —aunque en carrera con los soviéticos— han vuelto imposible una sorpresa como la que Inglaterra sufrió con el fascismo en 1935 y los anglo-franceses con el nazismo en 1940. Cierto, el sovietismo es una verdadera arma secreta para Rusia, pues le permite quebrar la solidaridad de los pueblos con sus respectivos Estados. Pero la restauración de la prosperidad en Europa ha provocado un reflujo de la marea comunizante; y la reacción de los países sometidos por la fuerza a la dominación rusa es otro factor en contra del espíritu soviético de conquista. Su posición en la Europa Oriental sojuzgada, además, es tan peligrosa en caso de choque armado como la de los nazis en la Europa Occidental antes de la invasión aliada de 1944.

Su mayor carta de triunfo está ahora en el horror a la lucha atómica que disuade a ambos bandos en disputa por la preponderancia de intentar una guerra preventiva. En la paz indefinida, el sovietismo alienta la esperanza de sublevar África, Asia e Hispanoamérica contra la alianza de Europa Occidental con Norteamérica. Pero si ése es peligro real para el mundo libre, el comunismo enfrentará el opuesto, que ya se advierte en las fugas multitudinarias de Berlín Oriental y de China comunista. El mito de la justicia perfecta bajo

la opresión, cede terreno en los países que hicieron la experiencia, como cedería en los que el comunismo conquistara en todo el universo subdesarrollado. Y el Soviet se halla ante un peligro no menor que el mundo libre en medio del descontento de las masas humanas que aún no accedieron a las ventajas del progreso contemporáneo; que su advenimiento al poder en cualquier parte atrasa más a los atrasados y decepciona a los esperanzosos.

Capítulo XI: *Conclusiones*

1. Una historia hipotética de las ideas políticas

La idea expuesta en este ensayo, de la problematicidad de la política, ilustrada en la Historia, debe ser aprovechada en conclusiones prácticas. Los tratados clásicos de la materia no se propusieron jamás sistematizar nociones para interpretar el pasado, sino con la mira de ofrecer normas para manejar el presente y configurar el porvenir. Un complemento indispensable, que escapa a las dimensiones del presente trabajo, es una reseña de las enseñanzas dejadas por los mejores filósofos que se ocuparon en la materia, para destacar aquellos de sus dichos o aforismos que tienen vigencia aún hoy y sirven para orientarnos en la actualidad. Forzosamente repetiremos más de un concepto dicho por los clásicos. Pero lo mismo ha ocurrido con la idea central del ensayo. Y la coincidencia con los mejores maestros es la garantía del acierto. No aspiramos a la originalidad, tanto como a prestar un servicio a la comunidad y a nuestros semejantes.

2. Relaciones entre «idea» y «política»

De la imposibilidad de conocer el futuro resulta que lo que se llama *ideas políticas* debe examinarse con suma precaución. Un concepto que expresa relación de constancia, identidad y universalidad, no puede aplicarse a un terreno en el que no se producen dos hechos iguales, puesto que cada uno de ellos es nuevo. En efecto, aun suponiendo que las condiciones de una situación absolu-

tamente determinada a resolver sean idénticas a las de otra ya resuelta, y por lo tanto conocidas, hay todavía en la actual una incógnita en la libre naturaleza de la voluntad, que al decidirse produce el hecho nuevo. La inteligencia puede iluminar a la voluntad, pero jamás prever con toda certeza o imponer la decisión. El hecho político, obra de la voluntad, es imprevisible, y por lo tanto irreducible a un sistema. Es posible filosofar el espíritu práctico en su operación, cuyas leyes eternas desentraña la filosofía. Pero sus obras, que son futuras hasta el momento de producirse, no son objeto de conocimiento, porque no lo hay de lo que no existe.

3. Otra relación entre «idea» y «política»

Pero hay otro sentido en que *idea* y *política* pueden acoplarse legítimamente. Cuando se entiende por un modelo de acción útil proporcionado a la voluntad por la inteligencia, para que aquélla resuelva del mejor modo posible una situación dada. La actividad práctica presupone la teórica; no hay voluntad sin conocimiento; y éste es condición fundamental de aquélla.

La exactitud de esta relación es confirmada por el manido aforismo de que la historia es maestra de la vida, aforismo basado en la observación exacta de que el conocimiento histórico es requerido por el acto práctico. Pero tal conocimiento no es ya la acción: la simple traducción del propósito formado con ayuda de la historia y de la propia experiencia o la de los consejeros no constituye el acto práctico. El mundo que nos rodea cambia incesantemente, y la percepción de la realidad varía hasta el último momento; la solución preparada de antemano puede sufrir modificaciones fundamentales al producirse la decisión de la voluntad. A cada variación de la realidad, la percepción varía; y con ésta el propósito de que es condición indispensable.

La formación de ideas políticas es eterna necesidad del espíritu humano y el mundo las ha formado en todo tiempo. El hombre no puede obrar sin saber, y la clara percepción de la realidad que lo rodea es lo que le permite manejarla. Pero este manejo será tanto más diestro

cuanto mejor vea el que obra, las relaciones entre voluntad y conocimiento.

4. Los políticos, ¿únicos que no tienen política?

Las consideraciones que anteceden explican por qué rara vez los políticos prácticos tienen lo que se llama *ideas políticas*, susceptibles de ordenarse en un sistema doctrinario, como el de los teóricos. Chesterton va más allá, y dice en su AUTOBIOGRAFÍA, al comentar una conversación suya con Churchill, que los políticos son tal vez los únicos que no tienen una política. No es más que un chiste. Lo que hay es que una política no se basa en ideas filosóficas, sino en reflexiones acerca de las posibles soluciones prácticas para los problemas concretos que la realidad cambiante presenta al quehacer de los dirigentes de una colectividad. Soluciones que en tanto cuanto deben buscarse con el razonamiento reciben el nombre de *ideas* aunque no lo merezcan. En el sentido de que el pensamiento precede la acción, la gran política se inspira en planes madurados con anticipación. Pero rara vez los hombres de acción se proponen hacer tal o cual cosa, antes que la oportunidad se presente. Así —para tomar dos casos típicos (Cavour y Bismarck)— se ve que el uno participaba del pensamiento común a los liberales italianos, que anhelaban liberar a su país del dominio exterior y hacer del damero político peninsular una nación independiente; y el otro, del pensamiento elaborado por filósofos idealistas e historiadores prusianos, que predicaban la empresa de fundar sobre la base del Estado provincial a que pertenecían un imperio protestante, que suplantara a la católica Austria en la hegemonía sobre Alemania. Pero ninguno de los dos soñó, no ya con realizar ellos mismos la tarea, sino ni siquiera en asistir en su tiempo al cumplimiento de tan elevados propósitos. Las circunstancias felices que se les presentaron a uno y otro contribuyeron más que la voluntad consciente de ambos a transformarlos en realizadores de sueños compartidos con sus respectivas generaciones.

5. La política de ideas y sus contradicciones

Desde que el racionalismo sustituyó al derecho divino de los reyes una especie de derecho divino de los gobiernos representativos, la tarea de los hombres de acción, desde el punto de vista de las relaciones entre voluntad y pensamiento, se ha vuelto más difícil. La necesidad de hablar antes de obrar, de comprometer opinión antes de estar en condiciones de opinar con dominio completo de la situación dada, suele poner al político moderno ante el dilema de traicionar sus palabras o su acción. De seguir las transformaciones de la realidad, cambiando sus percepciones, y, con éstas, sus soluciones, falta a su palabra, deshonra máxima en los regímenes de opinión. Si no las sigue, se estrella contra los hechos y carga con la vergüenza de no hacer bien aquello para lo que decía servir. El callejón es sin salida, Porque si no habla, se cree que no tiene ideas, se duda de su capacidad y no aúna el número de voluntades que le permite escalar las posiciones en que se obra. Y si habla antes de estar informado con los datos completos de que el gobierno dispone, puede equivocarse y obrar mal.

Suele haber hipocresía en los políticos que en el gobierno hacen lo contrario de lo que prometían en la oposición. Mas puede ser el candor de una inteligencia recta, que corrige las soluciones anticipadas, forzosamente incompletas hasta el último momento de la decisión.

6. La previsión y el político

Pero indudablemente el genio político se caracteriza por la sagacidad extrema, la previsión del futuro, la intuición, lo que Talleyrand decía de Choiseul, "*un des hommes de notre siècle qui a eu le plus d'avenir dans l'esprit*". Si un buen juez en la materia pudo decir tal cosa de quien no pudo evitar los desastres de la guerra de los Siete Años y, aunque inculpable de los errores que la habían planteado mal, cometió muchos otros, ¿qué no

se dirá de esos fundadores de pueblos que toman un rumbo, a la vez que dicen donde van, con años de anticipación?

Felizmente nuestra historia ofrece el caso típico de uno de esos espíritus, con la cabeza llena de porvenir. El libertador San Martín. Se ha escrito bastante sobre el trámite administrativo del plan sanmartiniano, que en su penúltima etapa recibió admirable expresión en un MEMORIAL del general Guido. Planificación y ejecución estuvieron entonces en nuestro país a la altura de los gobiernos mejor organizados. Pero lo más extraordinario de todo está en la epístola dirigida por San Martín, desde Tucumán, a Nicolás Rodríguez Peña: *"Ríase V. de esperanzas alegres. La patria no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra permanente defensiva, defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de veteranos. Pensar en otra cosa es echar al Pozo de Ayrón hombres y dinero. Así es que yo no me moveré ni intentaré expedición alguna. Ya le he dicho a V. mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos, para acabar también con los anarquistas que reinan; aliando las fuerzas, pasaremos por el mar a tomar a Lima; ése es el camino y no éste, mi amigo. Convénzase V. que hasta que no estemos sobre Lima la guerra no se acabará. Deseo mucho que nombren VV. alguno más apto que yo para este puesto: empéñese V. para que venga pronto ese reemplazante, y asegúrese que yo aceptaré la intendencia de Córdoba. Estoy bastante enfermo y quebrantado más bien me retiraré a un rincón y me dedicaré a enseñar reclutas para que los aproveche el gobierno en cualquiera otra parte. Lo que yo quisiera que VV. me dieran cuando me restablezca, es el gobierno de Cuyo. Allí podría organizar una pequeña fuerza de caballería para reforzar a Balcarce en Chile, cosa que juzgo de grande necesidad si hemos de hacer algo de provecho, y le confieso que me gustaría pasar mandando ese cuerpo"*. En esas palabras, escritas en 1814, está prefigurado el entero curso de la parábola recorrida por el autor, y de la guerra emancipadora.

Desde entonces hasta el cumplimiento de la empresa, su previsión casi de ciencia cierta, no falla un instante. Su conocimiento de los factores dados en la situación, base de su imaginación de lo hacedero, corren parejas. Guerra de zapa, preparación de los cuadros para un ejército chileno, cálculo de recursos para no vivir del país, financiación de la escuadra, nada escapa a ese espíritu que todo lo ve en grande, a vuelo de águila. Como la voluntad secunda la inteligencia, los dichos en que sintetiza la tensión heroica revelan un don de la palabra, digno de los fundadores de pueblos, como los que a través de las edades nos llegaron de todos: *"Si no hay quien fabrique zapatos, andemos con ojotas"*; *"si faltan sillas, nos sentaremos en cabezas de vaca"*; *"si no tenemos qué ponernos, andaremos en pelota como nuestros antepasados los indios"*. Nunca la voluntad esclarecida brilló con luz más viva en la Argentina que en el caso de San Martín, justamente llamado padre de la patria. Su formación militar —hecha en la mejor escuela estratégica de todos los tiempos, según Liddell Hart la francesa del siglo XVIII— su carácter moral templado en el ambiente de la España eterna y de las guerras revolucionarias y napoleónicas, y la fuerza de su pueblo, le permitieron llevar a cabo una epopeya sin paralelo en los anales de la humanidad: la de emancipar una colonia sin ayuda exterior.

7. En política, la sabiduría vale menos que la voluntad de hacer el bien

Por regla general, la conducción de los países la ejercen los hombres de voluntad más que los de inteligencia. La razón, orientada hacia lo absoluto y necesario, no puede captar las realidades versátiles y movedizas que son las acciones particulares. Los casos concretos, por ser infinitos, jamás uno de ellos repite al otro. La experiencia permite reducirlos a cuadros suficientemente determinados, que permiten razonar la acción práctica. Pero, como lo dice Santo Tomás de Aquino, *"dar preceptos o mandar es mover y provocar a la acción. Es ese papel que parece más pertenecer a la voluntad que*

a la razón: el precepto es un acto de la razón. No es pues lo principal en la prudencia". Y agrega: "*El consejo es obligatorio para inventariar todas las probabilidades de triunfo de una buena acción; pero con todo una acción no es verdaderamente acción, sino en tanto cuanto es ejecutada... El que no se obliga a sí mismo a obrar cuando ve lo que debería hacer, carece mucho más de prudencia que quien comete materialmente un acto reprensible, sin haber creído, tal, sin querer cometer un pecado*".

Estas consideraciones, y muchísimas otras que se podrían tomar del maestro, se recuerdan aquí para mostrar hasta qué punto la sabiduría tiene asignado papel secundario en el manejo de la práctica, si lo comparamos con el que le corresponde a la virtud de prudencia. El mismo clásico dijo: que nos enseñe el sabio, pero que nos mande el prudente. Ahora bien, si es así por regla general, mucho más lo será en las crisis prolongadas, de esas que suelen hacer presa en los países más civilizados, cuando la corrupción se vuelve tan universal, que todos los comentarios evocan los casos de Sodoma y Gomorra. En tales circunstancias, la sabiduría, la mayor inteligencia, el más nimio conocimiento de los problemas, de poco servirán si falta la voluntad de hacer el bien.

Así se ha visto en la Historia —y lo vemos hoy en el país— que las personas tenidas por las más capaces —como lo requiere el principio constitucional de la idoneidad— y que hasta prueban su capacidad por el relativo acierto con que suelen enjuiciar la realidad, se suceden unas en pos de otras, y después de cada cambio el mal queda agravado. Claro está que un hombre excepcional, como los que Maquiavelo decía necesarios para las fundaciones o reformas completas de su constitución (categoría en la que se inserta nuestro Libertador) estaría dotado de sabiduría y no haría el papel de los sabios sin prudencia que vemos por turno debatirse impotentes en medio de una crisis en apariencia insoluble. Pero a falta de ellos, que como ya dijimos, no se pueden encargar como traje en la sastrería, el hombre que quiere el bien bastaría para dar un corte a la desdichada situación.

8. La ideología política: muelle almohada

No puedo dar término a este ensayo sin tratar el punto más importante de las conclusiones que resultan de la problemática de la política.

Es de sobra conocida la frase de Montaigne sobre la muelle almohada de la duda. La expresión es válida para todo lo que se refiere a las disciplinas filosóficas, en que la vigilancia mental más rigurosa es requerida para coordinar un sistema de ideas o para defenderlo de las ajenas objeciones.

Pero en política ocurre lo contrario. Pues el dogmatismo, que no tiene el menor asidero sobre una materia contingente y variable, es el disfraz de la pereza mental, del prejuicio, o juicio recibido, de la comodidad para encarar espinosos problemas sin estudiarlos en su pormenor. En esta materia, la muelle almohada es el dogma.

La ideología política es la muelle almohada en qué descansar el espíritu de la exigente atención que reclaman los problemas contemporáneos de la práctica. Un mundo lleno de tensiones, debidas al inmenso progreso técnico, al advenimiento de las masas, a las guerras en cadena, a las rivalidades de la lucha por el poder entre colosos, al influjo que los bandos en pugna ejercen por todas partes, a la dificultad de labrarse una posición independiente en economías hechas a la medida de los superdotados, requiriría por parte del hombre de acción para su propio beneficio y el de su comunidad un estudio permanente —tarea ímproba— no sólo de los datos, para determinarlos omnímodamente, sino también para apreciarlos con categorías deducidas de la experiencia. Más cómodo es atenerse a una ideología de confección, hecha para las masas, que a derecha o izquierda ofrecen las fuerzas en conflicto.

En un país carente de un sistema nacional propio, abonado por el éxito, la dificultad es mayor. Y, por ende, también es más grande la tendencia a poner la cabeza en la almohada de la ideología.

La salvación está en la duda metódica sobre la realidad práctica. No para advertir que si pensamos,

existimos; sino para esclarecer la voluntad por el estudio nimio de una realidad que nos es dada, independientemente de nuestro pensamiento; y que no puede ser manejada con silogismos, sino con prudencia.

La voluntad esclarecida es la que puede enfrentar con éxito la problemática política.

Gualeguaychú — Buenos Aires, 1962